

FILOSOFÍA DEL ARTE

HIPÓLITO ADOLFO TAINÉ
TOMO III

TRADUCCIÓN: A. CEBRIÁN

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

FILOSOFÍA DEL ARTE

CUARTA PARTE

LA ESCULTURA EN GRECIA

Señores:

Durante los años precedentes os he expuesto la historia de las dos grandes escuelas originales que han representado, por medio de la pintura, el cuerpo humano: la escuela italiana y la de los Países Bajos. Réstame, para terminar este curso, daros a conocer la más grande y de mayor originalidad de todas: la antigua escuela griega. Ahora no os hablaré de pintura. A excepción de algunos vasos y mosaicos, y las decoraciones murales de Pompeya y Herculano, los monumentos del antiguo arte pictórico han desaparecido y no se puede decir nada exacto en relación con este tema. Por otra parte, para la representación plástica del cuerpo humano poseía Grecia un arte más nacional, mejor adaptado a las costumbres y gustos públicos, probablemente más cultivado y perfecto: la escultura. La escultura griega es asunto de que nos ocuparemos en este curso.

Desgraciadamente, en esto, como en todo, la antigüedad no es mas que una ruina. Lo que conocemos de la estatuaria antigua no es casi nada comparado con lo que se ha perdido. Sólo existen dos cabezas por las cuales nos figuramos cómo serían los dioses colosales que expresaban las ideas del siglo más glorioso y cuya majestad henchía los templos. No poseemos ni un trozo auténtico de la obra de Fidias. No conocemos a Myron, Policleto, Praxiteles, Scopas o Lisipo mas que a través de copias o imitaciones más o menos directas y problemáticas. Las hermosas estatuas de nuestros museos son, en general, de la época

romana, o datan, a lo sumo, del tiempo de los sucesores de Alejandro, y aun de éstas, los mejores ejemplares están mutilados. El museo de reproducciones parece un campo de batalla después del combate: torsos, cabezas, miembros esparcidos.

Sumad a todo lo dicho anteriormente que las biografías de los grandes maestros faltan en absoluto. Han sido necesarios prodigios de erudición, llena de ingenio y perseverancia, para descubrir, en medio de capítulos de Plinio, en algunas malas descripciones de Pausanias, en ciertas frases aisladas de Cicerón, Luciano y Quintiliano, la cronología de los artistas, la filiación de las escuelas, el carácter del talento, el desarrollo y las alteraciones graduales del arte. No disponemos mas que de un medio para llenar tales vacíos. A falta de la historia especial del arte, tenemos la historia general de Grecia. Ahora, más que en ninguna ocasión, estamos obligados, para conocer la obra, a estudiar el pueblo que la ha producido, las costumbres que la determinaron y el medio en que apareció.

CAPÍTULO PRIMERO

La raza.

Tratemos, en primer lugar, de representarnos esta raza con exactitud, y para ello observemos el país. Los pueblos conservan siempre la huella del país donde han habitado, huella que es más profunda si en el momento de establecerse eran pueblos incultos y jóvenes. Cuando los franceses colonizaron la isla de Borbón o la Martinica, cuando los ingleses poblaron la América del Norte de Australia, llevaban consigo armas, instrumentos, artes, industrias, instituciones, ideas, es decir, una civilización antigua y completa con la cual podían mantener el tipo adquirido y resistir a los influjos del nuevo medio. Pero cuando un hombre nuevo e inerte se encuentra entregado en manos de la Naturaleza, ésta le envuelve, le transforma, le moldea; y la arcilla moral, todavía blanda y flexible, se moldea y se pliega bajo la presión del medio físico, del cual no le defiende su pasado. Los filólogos nos muestran una época primitiva en la cual los indios, los persas, los germanos, los celtas, los latinos y los griegos tuvieron el mismo idioma y grado de cultura; otra época, menos remota, en la que los latinos y griegos, ya separados de sus demás hermanos, estaban todavía unidos entre sí, conocían el vino, vivían de los pastos y la labranza, poseían barcas con remos y habían añadido a las antiguas divinidades védicas una nueva deidad: Hestia, Vesta, el hogar.

Tales son los primeros rudimentos de la cultura, y estos pueblos no son ya salvajes, sino bárbaros. Pero a partir de este momento, las dos ramas, nacidas del mismo tronco, comienzan a tomar direcciones divergentes. Cuando más tarde volvemos a encontrarlas, la estructura y los frutos, en vez de ser iguales, son distintos; y es porque una ha arraigado en Italia y la otra en Grecia. Así nos vemos en la necesidad de estudiar el ambiente del árbol griego para ver si el aire y el suelo

que le han alimentado pueden explicarnos las particularidades de su forma y la dirección de su desarrollo.

I

Demos un vistazo a un mapa. Grecia es una península en forma de triángulo, apoyada por su base en la Turquía europea, que se destaca avanzando hacia el Sur, penetra en el mar y se estrecha en el istmo de Corinto, para formar, al cabo, una segunda península, más meridional todavía, el Peloponeso, que recuerda una hoja de morera unida por el tallo delgado al continente. Añadid a esto un centenar de islas y la costa asiática que tiene enfrente; numerosos países pequeños bordeando como una franja los grandes continentes bárbaros; un semillero de islas esparcidas en el mar azul que aparece limitado por esa franja: tal es la región que mantuvo y formó a este pueblo tan precoz e inteligente.

Y el país era singularmente propicio para esta obra. Al norte del mar Egeo el clima es duro, parecido al del centro de Alemania. Rumania desconoce los frutos del Mediodía; en su costa no se ven los mirtos. El contraste que se ofrece al descender hacia el Sur y entrar en Grecia es muy notable. A los 40°, en Tesalia, comienzan los bosques de hojas siempre verdes; a los 39° en Phtiótida, el aire tibio del mar y de las costas hace brotar el arroz, el algodón y el olivo. En la Eubea y el Atica hay ya palmeras; abundan en las Cíclades; en la costa oriental de Argólida hay espesos bosques de naranjos y limoneros; la palmera africana vive en un rincón de Creta.

En Atenas, que es el centro de la civilización griega, los frutos más nobles del Mediodía crecen sin cultivo. Allí no hiela más que cada veinte años; el gran calor del estío está mitigado por la brisa del mar. Salvo algunas ráfagas de Viento de Tracia y las bocanadas del siroco, la temperatura es deliciosa. Todavía en la actualidad ‘el pueblo

duerme en las calles desde mediados de mayo hasta fines de septiembre; las mujeres pasan la noche en las azoteas.” En un país como éste se vive al aire libre. Los antiguos pensaban que su clima era un don de los dioses “¡Suave y clemente, decía Eurípides, es nuestra atmósfera; el frío del invierno no nos atormenta con sus rigores, y los rayos de Febo tampoco nos hieren.” Y otra vez añade: “¡Oh vosotros, descendientes de Erecteo, dichosos desde la antigüedad, hijos predilectos de los dioses bienaventurados! Podéis recolectar en vuestra sacra patria, nunca sometida, la gloriosa sabiduría como un fruto de vuestro suelo; camináis constantemente llenos de una grata satisfacción en medio del éter radiante del cielo que os cubre, donde las nueve Musas, sagradas Piérides, alimentan la Armonía de dorados rizos, vuestra hija común. También se cuenta que Cipris la diosa ha tomado las ondas del Iliso, de hermosa corriente, las ha esparcido por todo el país en forma de céfiros blandos y frescos, y que de continuo, la seductora deidad, coronándose de rosas perfumadas, envía los amores para que se unan con la venerable sabiduría a fin de sustentar las obras de todas las virtudes.”

Estas son bellas frases de un poeta; pero a través de la oda se trasluce la verdad. Un pueblo formado por clima de tal naturaleza se desarrolla más pronto y más armónicamente que otro cualquiera; el hombre no se encuentra ni aplanado ni abatido por el excesivo calor, ni encogido ni apocado por la inclemencia del frío. No se halla condenado ni a la soñadora inercia ni al ejercicio continuo; no se estacionará en las contemplaciones místicas ni en la barbarie brutal. Comparad un napolitano o un provenzal con un bretón, un holandés con un indio; veréis claramente cómo la suavidad y moderación del medio físico dan juntamente al alma vivacidad y equilibrio para llevar el espíritu ágil y bien dispuesto hacia el pensamiento y la acción.

Dos caracteres del suelo colaboran a la misma obra. En primer lugar, Grecia es un laberinto de montañas. El Pindo, su arista central, prolongada hacia el Sur por el Otrys, el Eta, el Parnaso, el Helicón, el

Citerón y sus contrafuertes, forma una cadena cuyos múltiples anillos van, pasado el istmo, alzándose y complicándose en el Peloponeso. Más allá, las islas no son sino lomos o cabeza de montañas emergentes. El terreno, muy accidentado, apenas tiene llanuras; dondequiera afloran las rocas como en nuestra Provenza. Las tres quintas partes del suelo no son propias para el cultivo. Mirad las *vistas y paisajes* de Stackelberg, donde continuamente se ve la roca viva. Riachuelos o torrentes dejan, entre su lecho medio seco y la roca estéril, una faja estrecha de tierra vegetal. Herodoto comparaba ya Sicilia y la parte sur de Italia, esas opulentas nodrizas, con la flaca y austera Grecia, que al nacer «tuvo a la pobreza por hermana de leche». Especialmente el suelo del Atica es el más pobre de Grecia: olivos, vides, cebada, un poco de trigo; esto es todo lo que ofrece a sus habitantes. En esas islas bellísimas de mármol que constelan el mar Egeo, encontrábase aquí o allá un bosque sagrado de cipreses, laureles y palmas, un elegante ramillete de verdura, viñedos esparcidos por las pedregosas colinas, algunas mieses en una rinconada o en una ladera, hermosas frutas en las huertas; todo lo cual más bien sirve para alegría de los ojos y refinamiento de los sentidos que para sustentar el cuerpo con sus numerosas necesidades. Un país como éste produce montañeses esbeltos, activos, sobrios, alimentados de aire puro. Todavía en la actualidad, el alimento de un labrador inglés bastaría en Grecia para una familia de seis personas. Los ricos se contentan muy a gusto con un plato de legumbres como comida; los pobres, con un puñado de aceitunas o un trozo de pescado salado. El pueblo entero come en Pascua la carne para todo el año.” En este respecto es muy curioso verles en Atenas durante el verano. «Los paladares refinados se reparten entre siete u ocho una cabeza de carnero de seis sueldos. Los hombres sobrios compran una raja de sandía o un gran cohombro, que comen a bocados como si fuese una manzana.» No hay borrachos; todos son grandes bebedores de agua clara. «Si entran en una taberna es para charlar»; en el café piden una taza de café de un sueldo, un vaso de agua,

lumbre para encender el cigarro, un periódico y el dominó, con lo que tienen para pasar el día entero». Con este régimen no se embota el espíritu; mermando las exigencias del estómago, aumentan las de la inteligencia. Ya los antiguos habían advertido el contraste entre Beocia y el Ática y entre un beocio y un ateniense; el uno, alimentado en llanuras fértiles, de aire denso, acostumbrado a la comida abundante y a las anguilas del lago Copais, era tragón, bebedor, tardo de inteligencia; el otro, nacido sobre el suelo más pobre de Grecia, satisfecho con una cabeza de pescado, una cebolla y unas cuantas aceitunas, criado en medio de un aire sutil, transparente, luminoso, mostraba desde su nacimiento una finura y vivacidad de espíritu extraordinarias; inventaba, gozaba, sentía, maquinaba sin cesar, sin preocuparse más que de su pensamiento, “que era lo único que parecía tener como cosa propia.”

Por otra parte, si Grecia es un país de montañas, es al mismo tiempo un país de costa. Aunque menor que Portugal, tiene más extensión litoral que España entera. El mar la penetra por una infinidad de golfos, de entrantes, de huecos, de dentellones. Si miráis las vistas que traen de Grecia los viajeros, de dos veces una, aun en el interior, encontraréis siempre la faja azulada del mar, el triángulo o el semicírculo luminoso en su horizonte. Generalmente está encuadrado por rocas que se adelantan o por islas que se aproximan formando un puerto natural. Tal situación impulsa a la vida marítima, sobre todo cuando el suelo es pobre y las áridas costas no bastan para alimentar a sus habitantes. En las épocas primitivas no hay más que un género de navegación, el cabotaje, y ningún mar del mundo ofrece más facilidades que éste para invitar a sus ribereños a practicarlo. Cada mañana el viento norte se levanta para conducir los barcos desde Atenas a las islas Cíclades; cada noche el viento contrario los trae al puerto. Desde Grecia hasta el Asia Menor las islas están colocadas como las piedras en un vado; con tiempo claro, la nave, que hace este recorrido tiene siempre tierra a la vista. Desde Corcira se ve Italia; desde el Cabo

Maleo, las cimas de Creta; desde Creta, las montañas de Rodas; desde Rodas, el Asia Menor; dos días de navegación median entre Creta y Cirene; en tres puede pasarse desde Creta a Egipto.

Todavía en la actualidad ‘los griegos son de madera de marinos.’ En este país, que tiene más de novecientas mil almas, había en 1840 treinta mil marinos y cuatro mil barcos; casi todo el cabotaje del Mediterráneo lo hacen los griegos.

Ya en tiempo de Homero tenían las mismas costumbres; con gran facilidad lanzan un barco a la mar; Ulises construye uno con sus manos. Van a comerciar, a merodear en las vecinas costas. Negociantes, emprendedores, aventureros, viajeros, piratas, lo fueron desde el principio y durante toda su historia. Con diestras o enérgicas manos iban a ordeñar las opulentas monarquías de Oriente o los pueblos bárbaros de Occidente; traían de sus viajes oro, plata, marfil, esclavos, maderas de construcción, todas las mercancías más preciosas, compradas a vil precio, y con ellas los inventos y las ideas de los demás; de Egipto, de Fenicia, de Caldea, de Persia, de Etruria. Tal género de vida pule y excita la inteligencia de modo extraordinario; esto lo confirma el que todos los pueblos más precoces, civilizados e ingeniosos de la antigua Grecia, eran marinos; los jonios del Asia Menor, colonos de la Magna Grecia, corintios, eginenses, sicionienses y atenienses. Por el contrario, los de Arcadia, encerrados entre sus montañas, permanecieron rústicos y sencillos; de un modo análogo los de Acarnania, Epiro y Lócrida, que tienen un mar menos favorable y no poseen el espíritu aventurero, fueron semibárbaros hasta el fin de la historia de la Grecia clásica; en los tiempos de la conquista romana, sus vecinos los de Etolia tenían aldeas sin murallas y eran unos feroces salteadores. El aguijón que había empujado a los demás no había excitado su inteligencia.

He aquí las circunstancias físicas que desde un principio han sido propicias al despertar del espíritu. Puede compararse este pueblo con una colmena que, colocada bajo un cielo clemente, pero en una tierra

pobre, aprovecha los caminos aéreos que se abren ante ella para salir en busca de botín y de cosecha; forma otros enjambres; se defiende con su destreza y su aguijón; construye delicados edificios; fabrica una miel exquisita, siempre buscando, inquieta, agitada, zumbadora, en medio de los tardos seres que la rodean y que sólo saben pastar bajo la custodia de un amo o luchar sañuda mente entre sí.

Todavía en nuestros días, aunque muy decaídos «tienen tanto ingenio como el pueblo más inteligente de la tierra, y no hay ningún trabajo intelectual de que no sean capaces. Comprenden pronto y bien; aprenden con maravillosa facilidad todo cuanto les place. Los comerciantes jóvenes en poco tiempo pueden hablar cinco o seis idiomas». Los obreros, en algunos meses están en condiciones de aprender un oficio aunque sea difícil. Todos los habitantes de un pueblo, con sus autoridades, preguntan y escuchan con curiosidad a los viajeros. «Lo más digno de notarse es la laboriosidad infatigable de los estudiantes», grandes o pequeños; los sirvientes hallan manera de examinarse de médicos o abogados sin desatender sus obligaciones. «En Atenas se encuentran toda clase de estudiantes, menos los que no estudian.» En este aspecto ninguna raza ha recibido tan grandes dotes de la Naturaleza, como si todas las circunstancias se hubiesen reunido para desenvolver su inteligencia y afinar sus facultades.

II

Estudiemos este dato en su historia. Ya sea en la especulación, ya en la práctica, siempre se manifiesta el espíritu sutil, hábil, ingenioso. ¡Cosa extraña! Cuando en el alborar de la civilización el hombre es en todas partes violento, ingenuo, brutal, uno de sus héroes es el cauto Ulises: el hombre avisado, previsor, artero, inagotable en ardidés, fecundo en mentiras; el diestro navegante que nunca pierde de vista sus intereses. Cuando vuelve de sus aventuras disfrazado, aconseja a su

mujer que se haga regalar por los preten dientes collares y brazaletes, y no los mata hasta que no le han enriquecido su casa. Cuando Circe se le entrega o Calipso le propone partir, les hace prestar primero un juramento a guisa de precaución. Si le preguntan su nombre, siempre tiene dispuesta y bien tramada alguna nueva historia o genealogía. La misma Palas, a quien sin conocerla la está contando sus imaginarios relatos, le admira y le alaba exclamando: “Oh falso engaña dor, sutil e inagotable en ardidés, ¿quién podrá superarte en tales invenciones a no ser un dios?” Y los griegos son dignos hijos de su padre: al final, como al comienzo de la civilización, lo que domina en ellos es el ingenio; siempre fijó superior al carácter, y actualmente le sobrevive. Una vez Grecia sometida, apareció el griego *dilettante*, sofista, retórico, escriba, crítico, filósofo a sueldo; más tarde, el *gréculo* de la dominación romana, parásito, bufón, hábil en tercerías, siempre a punto, despierto, cómodo, proteo complaciente, bueno para todos los oficios, que se pliega a todos los caracteres y sale de todos los trances apurados con una destreza maravillosa; primer antecesor de Scapin, de Mascarilla y de todos los pícaros que, como no tienen más herencia que su ingenio, lo utilizan para vivir a costa de los demás.

Volvamos de nuevo a la época griega más gloriosa y consideremos su obra más alta, la que les hace acreedores a la simpatía y admiración del género humano: la ciencia. Porque si los griegos la crearon fue en virtud del mismo instinto o idénticos anhelos. El fenicio, que es comerciante, halla fórmulas aritméticas para hacer sus cuentas. El egipcio, agrimensor y cantero, tiene procedimientos geométricos para amontonar los bloques de piedra y para hallar la medida de sus tierras cubiertas cada año por la inundación del Nilo. El griego recibe de ambos la técnica y los procedimientos, pero no le satisfacen; no le basta la explicación industrial y comercial; es curioso, especulativo; él quiere conocer el por qué, la razón de las cosas; busca la prueba abstracta, sigue el hilo sutil de las ideas que conducen de un teorema a otro. Más de seiscientos años antes de Cristo Thales se preocupaba de demostrar

la igualdad de los ángulos del triángulo isósceles. Cuentan los antiguos que Pitágoras tuvo tal transporte de júbilo al hallar la proposición del cuadrado de la hipotenusa que prometió una hecatombe a los dioses.

Lo que les interesaba era la verdad pura; Platón, al ver que los matemáticos de Sicilia aplicaban sus descubrimientos a las máquinas, les censuró por degradar la ciencia; según su criterio, debía la ciencia consagrarse a la contemplación de líneas ideales. Y en efecto, impulsáronla siempre en un progreso continuo, sin preocuparse de la utilidad. Por ejemplo, sus investigaciones acerca de las propiedades de las secciones cónicas no tuvieron aplicación mas que diez y siete siglos más tarde, cuando Kepler buscó las leyes que regulan el movimiento de los planetas. En esta obra, que es la base de todas las ciencias exactas, su análisis es tan riguroso que todavía hoy en Inglaterra la geometría de Euclides sirve de manual a los estudiantes.

Descomponer las ideas, establecer sus relaciones, formar una cadena de tal suerte que no falte ningún eslabón y que la cadena entera esté sujeta a un axioma incontrastable o a un conjunto de experiencias conocidas; gozar con la forja, el enlace, el aumento, el ensayo de cada uno de esos eslabones, sin otro que el deseo de verlos aumentar y comprobar que son fuertes, tal es el don especial del espíritu griego. Piensan por el placer de pensar, y para esto crean la ciencia. Ninguna de las que se elaboran en la actualidad deja de sustentarse en los cimientos que los griegos establecieron; muchas veces les debemos la planta baja de este edificio, en otras ocasiones un ala entera. Una serie de inventores se desenvuelve en las matemáticas, desde Pitágoras hasta Arquímedes; en la astronomía, desde Thales y Pitágoras hasta Hiparco y Ptolomeo; en las ciencias naturales, desde Hipócrates hasta Aristóteles y los anatómicos de Alejandría; en la historia, desde Herodoto hasta Tucídides y Polibio; en la lógica, la política, la moral, la estética, desde Platón, Jenofonte, Aristóteles hasta los estoicos y neoplatónicos.

Hombres tan enamorados de las ideas no podían dejar de apasionarse por las más bellas de todas: las ideas de conjunto. Durante once siglos, desde Thales a Justiniano, la filosofía no ha interrumpido jamás su actividad; siempre un nuevo sistema florece al lado o por cima de los sistemas anteriores; todavía, cuando la especulación queda prisionera de la ortodoxia cristiana, logra abrirse camino y brotar a través de alguna hendedura. “La lengua griega, decía un padre de la Iglesia, es la madre de las herejías”. En el enorme tesoro de su saber, donde aun en nuestro tiempo encontramos las hipótesis más fecundas había tanto pensamiento acumulado, tenían un talento tan certero, que muchas veces sus conjeturas han coincidido con la verdad.

En este respecto no hay nada superior a su obra a no ser la afición que sentían por ella. Dos ocupaciones, a su entender, distinguían al hombre del bruto y al griego del bárbaro: el cuidado de los negocios públicos y el estudio de la Filosofía. No hay más que leer el *Theages* y el *Protágoras* de Platón para ver con cuánto entusiasmo, que no decae jamás, los muchachos más jóvenes buscan las ideas a través de los abrojos y espinas de la dialéctica. Y lo más notable es su gusto por la dialéctica en sí misma; no se aburren de los rodeos largos; tanto les interesa la cacería como la pieza cobrada y el viaje como el término y objeto de él. El griego es más razonador que metafísico o sabio; goza con las distinciones delicadas, con las analogías sutiles; y tanto sutaliza, que muchas veces hace gustoso verdaderas telarañas complicadas. En esto nadie le aventaja. Que la red demasiado tenue y excesivamente enrevesada quede sin utilidad en la práctica y en la teoría, le tiene sin cuidado; está satisfecho de contemplar los leves hilos que se entrecruzan en mallas imperceptibles y simétricas.

De este modo el vicio nacional acaba de poner de manifiesto el talento propio de la raza. Grecia es la madre de los ergotistas, los sofistas y los retóricos. En ningún otro sitio, fuera de este país, se ha visto jamás un grupo de hombres eminentes y Populares enseñando con éxito y con gloria, como hacían Gorgias, Protágoras y Polus, el

arte de que parezca buena una causa siendo mala, y sostener, con apariencia de razón, una proposición absurda por disparatada que fuese. Retóricos griegos fueron los que llegaron a hacer el elogio de la peste, de la fiebre, de las chinches, de Polifemo y de Tersites. Un filósofo griego pretendía que el sabio sería feliz aun dentro del toro de Falaris. Había escuelas, como las de Carneades, para enseñar a defender el pro y el contra; otras, como la de Enesidemo, que establecían no ser ninguna proposición más cierta que su contraria. En el legado que hemos recibido de la antigüedad hay una colección abundantísima de argumentos especiosos y paradojas. El sutil ingenio de los griegos hubiese hallado estrecho el camino de los razonamientos, a no haber caminado tanto en el sentido del error como en el de la verdad.

Tal es la finura de espíritu que, trasplantada del razonamiento al campo de la literatura, formó el gusto «ático», es decir, el sentimiento del matiz, la gracia ligera, la ironía imperceptible, la sencillez de estilo, la facilidad del discurso, la elegancia de la prueba. Dicen que Apeles, habiendo venido a ver a Protógenes, no quiso decir su nombre; tomó un pincel y trazó en una tabla preparada una finísima línea sinuosa. Protógenes, a la vuelta, cuando vio el trazo, dijo que no podía ser más que de Apeles; después, tomando el apunte, puso en torno de la línea anterior otra más airosa y sutil, y ordenó que se la enseñasen al extranjero.

Volvió Apeles, y avergonzado, al ver que otro le había superado, cortó los dos contornos anteriores con una tercera línea, cuya finura era muy superior a la de las otras. Cuando la vio Protógenes, exclamó: "Estoy vencido y voy a abrazar a mi maestro." La leyenda que os he contado nos da la idea más aproximada del espíritu griego. Este es el trazo airoso dentro del cual encierra el contorno de las cosas; tales son la destreza, la precisión, la agilidad nativas con las cuales se mueve a través de las ideas para distinguirlas y relacionarlas.

III

Sin embargo, esto no constituye mas que el primer rasgo característico; pero si volvemos nuestra atención hacia el país, veremos pronto precisarse el segundo. También en esta ocasión la estructura física del terreno ha impreso en la inteligencia la huella perceptible, tanto en sus obras como en la historia. En la tierra de Grecia nada es enorme ni gigantesco; las cosas circundantes no tienen dimensiones desmesuradas ni aterradoras. Allí no hay nada que se parezca al monstruoso Himalaya, ni a los inextricables laberintos de vegetación invasora, a los enormes ríos que describen los poemas indios. Nada que recuerde tampoco los bosques interminables, las dilatadas llanuras, el océano salvaje e ilimitado del Norte de Europa. La vista puede apreciar sin dificultad la forma de los objetos y tener de ellos una imagen precisa. Todo en este país es proporcionado, medido, fácil y claramente perceptible por los sentidos. Las montañas de Corinto, del Atica, de Beocia, del Peloponeso tienen tres o cuatro mil pies de altura; sólo algunas llegarán a seis mil pies; es necesario ir hasta el extremo de Grecia, en el confín norte, para encontrar una cima parecida a las de los Pirineos y de los Alpes; es el Olimpo, del cual hicieron los griegos la morada de sus dioses. Los ríos más caudalosos, el Peneo y el Aquelao, tiene a lo sumo treinta o cuarenta leguas de curso; los demás no son, por lo común, mas que arroyos y torrentes. El mismo mar, tan imponente y amenazador en el Norte, aquí parece más bien un lago. No produce la impresión de solitaria inmensidad, porque siempre se ve la costa y alguna isla; tampoco evoca imagen siniestra, ni aparece como un ser terrible y destructor; no tiene el color blancuzco, cadavérico o plomizo; no despedaza las costas, no tiene mareas que cubran las playas de cieno y piedras arrastradas por las olas. El mar aparece siempre bruñido y, según la frase de Homero, «resplandeciente, color de vino o del matiz de las violetas»; las rojizas rocas de

la orilla encierran su brillante superficie en un margen labrado que parece el rico marco de un cuadro.

Imaginad las almas jóvenes y primitivas que por toda educación, y como educación incesante, presencian un espectáculo como éste. Sin duda se acostumbrarán a las imágenes determinadas y nítidas sin padecer la vaga turbación del ensueño arrebatador, la adivinación inquietante del *más allá*. Así se forja el molde de un espíritu donde todas las ideas tendrán marcado relieve.

Múltiples circunstancias de la tierra y del clima colaboran a tal obra. En este país, el esqueleto geológico es más visible aún que en nuestra Provenza; no queda atenuado y borroso como sucede en los países húmedos del norte de Francia por la capa uniforme de tierra laborable y de verdura vegetal. La osamenta de la tierra, el mármol gris de tono violado aflora en ásperos salientes, se prolonga en vertientes escarpadas y desnudas, destaca sobre el cielo sus recortadas siluetas, encierra los valles entre sus crestas y picachos, de suerte que el paisaje, cruzado por vivos pliegues, hendido por brechas y tajos inesperados, parece el dibujo de una mano vigorosa que, aun en medio de sus fantasías y caprichos, no pierde nunca la seguridad y precisión. La naturaleza del aire aumenta todavía la claridad de los contornos; especialmente el ambiente del Ática es de una transparencia extraordinaria. Al doblar el cabo Sunio se veía, a varias leguas de distancia, el penacho de Palas sobre la Acrópolis. El Himeto está a dos leguas de Atenas, y el europeo que desembarca allí le parece que podrá llegar a la montaña dando un paseo antes de almorzar. Los tenues vapores que flotan siempre en nuestra atmósfera no suavizan allí los lejanos contornos; no se presentan inciertos, medio borrosos, esfumados, sino que se destacan de los fondos como las figuras de los vasos antiguos.

Contad, además, con el admirable resplandor del sol, que lleva al límite el contraste entre la parte iluminada y la que permanece en la sombra, y que añade la oposición de las masas a la determinación de las líneas. De tal suerte la Naturaleza, por medio de las formas con

que puebla el espíritu, inclina directamente el griego hacia las concepciones definidas y claras; además le lleva también indirectamente a este fin por el género de asociación política a que el medio le conduce y le fuerza.

En efecto, Grecia, comparada con su gloria, es un país muy pequeño, y aun parecerá menor si se tiene presente que está muy dividida. De un lado la cadena principal y las derivaciones laterales de las montañas y de otro el mar la dividen en gran cantidad de provincias distintas, que son verdaderos recintos amurallados: Tesalia, Beocia, Argólida, Mesenia, Laconia, todas las islas. En las épocas bárbaras, el mar es difícil de atravesar y los desfiladeros de las montañas son excelentes defensas naturales. Los pueblos de Grecia pudieron fácilmente librarse de las conquistas y subsistir unos al lado de otros como pequeños Estados independientes. Homero enumera unos treinta, y llegaron a ser varios centenares cuando las colonias se establecieron y se multiplicaron. Para las miradas modernas, un Estado griego parece una miniatura. La Argólida tiene ocho o diez millas de largo y cuatro o cinco de ancho; la Laconia es poco más o menos; la Acaya es una faja estrecha de tierra sobre el flanco de una montaña que descende hacia el mar; el Atica entera no llega a ser como la mitad de uno de los departamentos franceses más pequeños; el territorio de corinto, de Sicione, de Megara, se reduce a la extensión de los alrededores de una ciudad. Por lo general, y especialmente en las islas y en las colonias, el Estado no es mas que una ciudad con una playa y algunas granjas en las inmediaciones. Desde la acrópolis pueden verse a simple vista la acrópolis o las montañas del Estado vecino. En un espacio tan limitado, todo es perfectamente claro para el espíritu; la patria moral no tiene nada de grandioso, ni de abstracto, ni de impreciso, como sucede en nuestra civilización; los sonidos la pueden percibir, y así se funde con la patria física; ambas quedan bien definidas en el espíritu del ciudadano con precisos contornos. Para representarse Atenas, Corinto, Argos o Esparta, evoca la forma del valle donde se hallan o la silueta

de la ciudad. Conoce en ella a todos los ciudadanos, lo que le permite representarse los pormenores de la vida política; de igual manera que la forma de su recinto natural le da por adelantado el tipo medio y claramente definido dentro del cual se encierran todas sus concepciones.

En tal respecto consideremos su religión. No tienen el sentimiento del universo infinito, dentro del cual una generación, un pueblo, un ser limitado, por grandes que sean, no son mas que un momento, un punto. La eternidad no eleva ante ellos la pirámide de los miles y millones de siglos, como una montaña monstruosa a cuyo lado nuestra corta vida no es mas que un grano de arena. No se preocupan, como los indios, los egipcios, los semitas y los germanos, del círculo siempre renovado de la metempsicosis, ni del sueño eterno y silencioso de la tumba, ni del abismo sin forma y sin fondo de donde brotan las criaturas como efímera humareda, ni del Dios único, absorbente y terrible, en el cual se encuentran todas las fuerzas de la naturaleza y para el cual los cielos y la tierra no son mas que su tienda o el tapiz de sus pies; ni de esa potencia augusta, misteriosa e invisible que la veneración del corazón descubre a través de las cosas y más allá de todo cuanto existe.

Las ideas de los griegos son excesivamente claras y elaboradas con un módulo muy pequeño. Lo universal no les atañe, o, a lo más, les preocupa sólo a medias; no hacen de ello un dios, y todavía menos una persona; queda en segundo plano en su religión; es la *Moiras*, el *Aisa*, la *Eimarmene*, en otras palabras, la parte que corresponde a cada cual. Está determinada de antemano, y ningún ser, ni hombre ni dios, puede substraerse a los acontecimientos que guarda su destino. En el fondo ésta es una verdad abstracta: si las *Moiras* de Homero son diosas, no es mas que por una ficción; bajo la frase poética, como a través del agua transparente, se ve aparecer el encadenamiento indisoluble de los hechos y los contornos indestructibles de las cosas. Nuestras ciencias admiten estas deidades en su seno, puesto que la idea griega del desti-

no no es otra cosa que las ideas modernas de la ley. Todo está determinado, dicen nuestras fórmulas, y esto es lo que había sentido su adivinación.

Cuando explanan esta idea es para fortificar más y más los límites que impone a los seres. De la obscura potencia que rige el destino hacen su Némesis, que humilla a los soberbios y reprime todos los desórdenes. “Nada con exceso”, decía una de las grandes sentencias del oráculo. Permanecer alerta contra los vehementes deseos, temer la felicidad completa, defenderse de todos los delirios, conservar siempre la medida; he aquí los consejos que dan los poetas y pensadores del tiempo más glorioso. En ningún otro país ha sido tan clarividente el instinto y la razón tan espontánea. Cuando, al despertar la reflexión, tratan de concebir el mundo, lo hacen a imagen de su espíritu. Es el orden, el *Kosmos*, la armonía, una bella y regular disposición de las cosas que subsisten y se transforman por sí mismas. Más tarde los estoicos lo han de comparar con una gran ciudad gobernada por las mejores leyes. No hay aquí lugar para los dioses inconmensurables y vagos, ni para los despóticos y devoradores. El vértigo religioso no entra en los espíritus que han concebido un mundo de tal naturaleza. Sus dioses pronto se hacen hombres; tienen padre, hijos, genealogía, historia, vestiduras, palacios, un cuerpo semejante al nuestro; pueden sufrir y ser heridos. Los más altos, como el propio Zeus, han conocido su advenimiento y acaso verán también el fin de su reinado. En el escudo de Aquiles, que representaba un ejército, «los hombres marchaban conducidos por Ares y Atenea, los dos de oro, vestidos de oro, hermosos y altos como corresponde a los dioses, porque los hombres eran más pequeños». En realidad, entre ellos y los mortales no hay casi más que esa diferencia. Repetidas veces en la *Odisea*, cuando Ulises o Telémaco encuentran de un modo inesperado a un personaje bello y de aventajada estatura, le preguntan si es un dios.

Dioses tan humanos no traen la inquietud al espíritu que los ha concebido. Homero los maneja como le place; hace que intervenga

Atenea en menudos oficios, ya para indicar a Ulises la casa de Aleino, ya para señalar el sitio donde ha caído su disco. El poeta teólogo circula en su mundo divino con la libertad y la sencillez de un niño que juega. En ocasiones se divierte y ríe; cuando muestra a Ares sorprendido con Afrodita, Apolo bromea y pregunta a Hermes si querría encontrarse en lugar de Ares. «Quieran los dioses, ¡oh divino arquero Apolo!, que tal cosa suceda; que sea envuelto en lazos tres veces más intrincados y que todos los dioses y las diosas me vean, siempre que yo esté junto a la rubia Afrodita.» Leed el himno en que Afrodita viene a ofrecerse a Anquises y sobre todo el himno a Hermes, que desde el día de su nacimiento es inventor, ladrón y embustero como un griego, pero con tal gracia, que el relato del poeta parece el pasatiempo de un escultor. Entre las manos de Aristófanes, en las *Ranas* y en las *Nubes*, Hércules y Baco son tratados aún con más ligereza. Por este camino se llega a los dioses decorativos de Pompeya, a las bromas lindas y divertidas de Luciano, a un Olimpo de adorno, de salón y de teatro. Los dioses, que viven tan cerca de los hombres, pronto se convierten en sus camaradas y, más tarde, en su juguete. El espíritu tan claro, que para ponerlos a su alcance les ha despojado del infinito y del misterio, reconoce en ellos sus criaturas y se divierte con los mitos que su propio talento ha fabricado.

Volvamos ahora nuestras miradas hacia la vida práctica. El griego no sabe, como el romano, subordinarse a una gran unidad, a una extensa patria que se concibe, pero que no se ve. No ha superado la forma de asociación en la que el Estado es ciudad. Sus colonias son dueñas de sí mismas; reciben de la metrópoli un pontífice y miran siempre la ciudad madre con una emoción filial; a esto se reduce su dependencia: son hijos emancipados, parecidos al joven ateniense que, al llegar a la virilidad, no depende de nadie y entra en posesión de sí mismo; en tanto que las colonias romanas no son más que puestos militares, parecidas al joven romano que, con esposa, magistrado y aun cónsul, siente constantemente en el hombre el peso de la firme

diestra de su padre y la autoridad despótica de la cual sólo una triple venta puede libertarle.

Abdicar su voluntad, someterse a lejanos magistrados que no conoce, considerarse como parte de un vasto conjunto, olvidarse de sí mismo por un gran interés nacional, y con la continuidad ne cesaria, esto nunca pudieron hacerlo los griegos. Se aíslan unos de otros, tienen rivalidades entre sí; cuando Darío y Jerjes llegan a invadir el país, les cuesta trabajo unirse. Siracusa rechaza todo auxilio porque no le han otorgado el mando; Tebas se pone de parte de los Medos. Cuando Alejandro los reúne por la fuerza para reconquistar el Asia, los lacemonios no acuden al llamamiento. Ninguna ciudad logra agrupar a las demás formando una confederación bajo sus normas; sucesivamente Esparta, Atenas y Tebas fracasan en la empresa. Antes que obedecer a sus compatriotas, los vencidos van en busca de dinero a Persia y hacen al gran rey solemnes acatamientos. En cada ciudad los partidos distintos se destierran sucesivamente, y los proscritos, como en las repúblicas italianas, tratan de volver a su patria por la violencia y con la ayuda del extranjero. Grecia, dividida de esta suerte, fue conquistada por pueblos semibárbaros, pero disciplinados, y la independencia de cada ciudad vino a acabar en la servidumbre de la nación entera.

Esta caída no fue un accidente, sino un resultado fatal. Tal como los griegos entendían el Estado, era demasiado pequeño, insuficiente para resistir el empuje de las grandes masas exteriores; era una obra de arte, ingeniosa, perfecta, pero frágil. Sus pensadores más grandes, Platón y Aristóteles, reducen la ciudad a un grupo de cinco o diez mil hombres libres que viven en sociedad. Atenas tenía veinte mil; un número mayor es para su criterio una turba; no piensan que una asociación más amplia pueda estar bien organizada. Una acrópolis cubierta de templos, consagrada por los huesos de los héroes que fundaron la ciudad y las imágenes de los dioses nacionales; un ágora, un teatro, un gimnasio, algunos millares de hombres sabios, bellos, vale-

rosos y libres, ocupados en «la filosofía o los negocios públicos», servidos por esclavos que cultivan la tierra y desempeñan los oficios, tal es la ciudad que imaginan; admirable obra de arte, que cada día, en Tracia, en las costas del Euxino, de Italia, de Sicilia, aparece ante sus miradas, y fuera de la cual toda otra forma de sociedad le parece confusión y barbarie, pero cuya perfección estriba en su pequeñez, y que en medio de las brutales sacudidas del conflicto humano no se sostendrá mucho tiempo.

A todos estos inconvenientes corresponden otras tantas ventajas. Si en sus concepciones religiosas falta gravedad y grandeza; si un sólido fundamento, garantía de larga duración, se echa de menos en sus instituciones políticas, están, en cambio, libres de las deformaciones morales que la grandeza de la religión o del Estado impone a la naturaleza humana. Fuera de este país, siempre la civilización ha roto el equilibrio natural de las facultades; ha desarrollado algunas con detrimento de las otras; ha sacrificado la vida presente a la vida futura; el hombre, a la divinidad; el individuo, al Estado; ha producido el fakir de la India, el funcionario egipcio y el de la China, el hombre de leyes y el legionario romano, el monje de la Edad Media, el súbdito, el administrado, el burgués de los tiempos modernos. Bajo el influjo de esta presión, el hombre unas veces se ha visto empequeñecido, otras exaltado, y a veces han coincidido los dos aspectos, se ha convertido en rueda de una gran maquinaria o se ha sentido aniquilado ante el infinito.

En Grecia se han sometido las instituciones a su naturaleza, en vez de someter ésta a las instituciones; se han convertido en un medio y no en un fin, utilizándolas para su armónico y total desenvolvimiento; y así ha podido ser el griego al mismo tiempo poeta, filósofo, crítico, magistrado, pontífice, juez, ciudadano y atleta; ejercitar sus miembros, su ingenio y su gusto; reunir en sí mismo veinte géneros de talento sin que ninguno de ellos dañe a los demás; ser soldado, sin degenerar en autómata; bailarín y cantor, sin convertirse a figurante

de teatro; pensador y letrado, sin sentirse hombre de biblioteca y de gabinete; decidir de los asuntos públicos, sin conferir su autoridad a ningún representante; honrar a los dioses, sin encerrarse en las fórmulas de un dogma, sin inclinarse bajo la tiranía de un ser omnipotente y sobrehumano, sin abismarse en la contemplación de una divinidad universal e indefinida.

Parece como si, habiendo determinado la silueta clara y precisa del hombre y de la vida humana, prescindiese de todo lo demás y, ante la visión nítida del hombre y de su existencia, pensase: "Este es el hombre real; un cuerpo activo y sensible dotado de pensamiento y voluntad; y la vida real son los sesenta o setenta años que median entre los vagidos de la infancia y el silencio de la tumba. Tratemos de hacer que ese cuerpo sea tan ágil, tan fuerte, tan sano, tan bello como sea posible; tratemos de desplegar el pensamiento y la voluntad en el conjunto de todas las acciones viriles; adornemos la vida con toda la belleza que los sentidos refinados, el talento fácil, el alma vibrante y altiva sean capaces de crear y de apreciar.» Fuera de esto no ven nada, y si hay algo *más allá*, es para los griegos como el país de los Cimmericos de que habla Homero, pálida región de los muertos, envuelta en nieblas angustiosas, donde débiles fantasmas vienen como murciélagos, en bandadas y con agudos gritos, a henchir y calentar sus venas sorbiendo en el foso la roja sangre de las víctimas. La estructura de su espíritu ha encerrado deseos y esfuerzos en un espacio limitado y alumbrado por la luz del sol. En esta arena, tan luminosa y circunscrita como la de un estadio, veremos desenvolverse toda su actividad.

IV

Para lograr lo que nos proponemos, volvamos otra vez a contemplar el país a fin de tener una impresión de conjunto. Es una tierra hermosísima, que dispone el alma a la alegría y lleva al hombre a con-

siderar la vida como una fiesta. Hoy no queda mas que su esqueleto. Lo mismo, y aun más, que Provenza, ha sido despojada, arañada y casi podríamos decir raída; la tierra se ha desmoronado; la vegetación se ha hecho escasa; la roca viva y áspera, apenas salpicada de algunas raquílicas malezas, ocupa casi todo el espacio y cubre las tres cuartas partes del horizonte. Sin embargo, podemos tener una idea de lo que sería siguiendo las costas aun intactas del Mediterráneo entre Hyères y Tolón, entre Nápoles y Amalfi. Pero hemos de añadir a estos paisajes un cielo más azul, un aire más diáfano, formas más puras y armoniosas en las montañas. Parece que el invierno no existe en este país. Los alcornoques, los olivos, los naranjos, los limoneros y los cipreses forman en las hondonadas y en las laderas de las gargantas un eterno paisaje estival; llegan hasta el borde de las aguas, y en febrero, en algunos sitios, las naranjas que se desprenden de las ramas caen encima de las olas. No existe la bruma y casi nunca llueve; el aire es tibio; el sol, hermoso y grato. El hombre no se ve forzado, como en los climas del Norte, a defenderse de las inclemencias del cielo a fuerza de inventos complicados; empleando el gas, las estufas, los trajes dobles, triples y cuádruples; las aceras, los barrenderos y todas las demás innumerables precauciones con las cuales consiguen hacer habitable la cloaca de fango hediondo, en la cual, a no ser por sus cuidados y sus ordenanzas municipales, chapotearía indefectiblemente. No es necesario inventar salas de espectáculos ni decoraciones de ópera. Le basta con mirar alrededor, y la Naturaleza se las ofrece más hermosas que todas las que el arte pudiese imaginar. En Hyères, en enero, veía yo levantarse el sol detrás de una isla; la luz creciente llenaba el aire; de pronto, en lo alto de una roca brotaba una llamarada; el enorme cielo de cristal extendía su bóveda sobre la llanura inmensa del mar, sobre las innumerables ondulaciones del agua, sobre el potente azul de las olas, por donde se extendía un arroyo de oro; por la tarde las montañas lejanas tomaban tonalidades de malva, de lila, de rosa de té. En el verano, la claridad del sol llena el aire y el mar de un resplandor

tal, que los sentidos y la imaginación, anegados con tanta hermosura, se creen transportados a una triunfal apoteosis o a la gloria celeste. Todas las olas resplandecen; el agua toma colores de piedras preciosas: turquesas, amatistas, zafiros, lapislázulis, ondulantes y movedizos bajo la blancura universal e inmaculada del cielo. En esta inundación luminosa hemos de representarnos las costas de Grecia como gráciles vasos de mármol diseminados en medio del azul.

No es de extrañar que encontremos en el carácter griego un fondo inagotable de alegría y de buen humor; ese anhelo de felicidad intensa y sensible que todavía en nuestro tiempo podemos observar en los napolitanos y, por lo general, en todos los pueblos meridionales. El hombre sigue de continuo el movimiento que le imprime en un principio la naturaleza, porque las aptitudes y las tendencias que establece definitivamente dentro de sí mismo son aquellas aptitudes y tendencias que satisface diariamente. Algunos versos de Aristófanes os revelarán esa sensualidad tan manifiesta, tan ligera y tan brillante. Se trata de aldeanos atenienses que celebran la vuelta de la paz. “¡Qué alegría, qué dicha poder quitarse el casco y dejar de una vez los quesos y las cebollas! A mí no me gusta pelear, sino beber con amigos y camaradas, ver como chisporrotea el fuego de ramas secas cortadas en el verano, asar los garbanzos en las brasas, tostar los hayucos, acariciar a Thratta, la moza, mientras que mi mujer está en el baño. Nada hay más grato, cuando ya se ha hecho la sementera y el dios la riega con la lluvia, que hablar de este modo con el vecino: Dime, Comárquides, ¿qué haremos? Me agradaría mucho que bebiéramos mientras Zeus fecunda la tierra. Vamos, mujer, pon a secar tres medidas de habas, añádeles un poco de trigo, elígenos unos higos sabrosos; hoy no es posible podar la viña ni deshacer terrones porque el suelo está empapado. Que nos traigan de casa el mirlo y los dos pinzones; todavía deben quedar allí calostros y cuatro pedazos de liebre. Muchacho, tráenos tres y dale el otro a mi padre; pídele a Equinades ramas de mirto con sus frutos y, al mismo tiempo, que cualquiera se llegue al

camino y dé una voz a Carinades para que venga a beber con nosotros mientras el dios nos ayuda, haciendo brotar nuestras semillas... ¡Oh venerable y regia diosa! ¡Oh Paz, soberana de los corazones, soberana de las bodas, recibe nuestros sacrificios!... Haz que abunden en nuestros mercados las cosas apetecibles, las hermosas cabezas de ajo, los cohombros tempranos, las manzanas, las granadas. Que lleguen a la plaza los beocios cargados de gansos, de patos, de pichones, de alondras; que las anguilas del lago Copais vengan a cestos, y que empujándonos, apresurándonos para anticiparnos a comprarlas, alrededor de las banastas, luchemos con Moricos, Teleas y los demás glotones... Corre de prisa al festín, Dicoeopolis... el sacerdote de Dionysos te invita... Apresúrate, porque te está esperando. Todo está dispuesto: mesas, lechos, cojines, coronas, perfumes, golosinas para el postre. Ya han llegado las cortesanas y con ellas los pasteles, bollos, hermosas danzarinas, todas las delicias.”

Corto en este punto la cita, que se hace demasiado expresiva; la sensualidad antigua y la sensualidad meridional tienen ademanes muy atrevidos y frases excesivamente precisas.

En tal disposición de espíritu, está el hombre muy cerca de tomar la vida como una diversión. En manos de los griegos, las ideas y las instituciones más serias se hacen rientes; sus dioses son “los felices dioses que no han de morir”. Viven en las cumbres del Olimpo “que los vientos no azotan, ni son nunca mojadas por la lluvia, adonde la nieve no se acerca jamás, donde se muestra el cielo sin nubes, donde corre con ligereza la blanca luz”. Allí, en un palacio deslumbrador, sentados en tronos de oro, beben el néctar y se alimentan de ambrosía, mientras que las Musas “cantan con sus acordadas voces”. Un festín eterno a plena luz, esto es el cielo para un griego, y, por tanto, la vida más bella es la que más se asemeja a esta vida de los dioses. Para Homero, el hombre feliz es el que «puede gozar de su juventud florida y llegar al umbral de la vejez». Las ceremonias religiosas son un gozoso banquete en el cual los dioses están satisfechos porque tienen su por-

ción de carne y de vino. Las fiestas más augustas son representaciones de ópera. La tragedia, la comedia, los coros de danza, los juegos gimnásticos son una parte del culto. No imaginan que para honrar a los dioses sea necesario mortificarse, ayunar, orar estremecidos, prosternarse llorando sus culpas, sino, por el contrario, que es preciso tomar parte en su júbilo, ofrecerles el espectáculo de los hermosos cuerpos desnudos, engalanar para los dioses la ciudad, elevar el hombre hasta la altura divina, sacándole por un momento de su condición mortal, con el concurso de todas las magnificencias que el arte y la poesía pueden ofrecer. Para los griegos ese “entusiasmo” es la piedad, y después de haber desbordado por la tragedia del lado de las emociones grandiosas y solemnes, se expansiona aún en la comedia del lado de las bromas desatinadas y de la licencia voluptuosa. Es necesario haber leído *Lisistrata* y *la Fiesta de las Tesmoforias* de Aristófanes para imaginar los arrebatos de la vida animal, para comprender que se celebraban públicamente las fiestas Dionisiacas, que se bailaban danzas lascivas en el teatro; que en Corinto, mil cortesanas servían el templo de Afrodita, y que la religión consagraba todo el escándalo, todo el vértigo de una *kermesse* y de un carnaval.

Desenvolvieron la vida, social con igual facilidad que la vida religiosa. El romano conquista para adquirir; explota los pueblos vencidos como administraría una granja, como un hombre de negocios, con método y estabilidad. El ateniense navega, desembarca, combate, sin fundar nada, irregular mente, según el impulso del momento, por necesidad de acción, por empuje imaginativo, por espíritu de aventura, por deseo de gloria, para tener el gusto de ser el primero entre los griegos. Con el dinero de sus aliados, el pueblo embellece la ciudad, encarga templos a sus artistas, teatros, estatuas, decorado, procesiones; goza todos los días y con todos sus sentidos de la fortuna pública. Aristófanes le divierte con la caricatura de su política y de sus magistrados. Tiene gratis la entrada en el teatro; al terminar las Dionisiacas le reparten el dinero que sobra en caja de las contribuciones de los aliados.

Pronto se hace pagar por venir a juzgar en los dicasterios, por asistir a las reuniones públicas. Todo es suyo: obliga a los ricos que le provean de coros, actores, representaciones y los espectáculos más hermosos. Por muy pobre que sea, tiene sus baños, sus gimnasios pagados por el Tesoro, tan agradables como los de los caballeros. Al final ya no quiere pasar ningún trabajo y paga mercenarios para que hagan la guerra en su lugar; si se ocupa de política, es para charlar; escucha a los oradores como un *dilettante*, y asiste a sus debates, a sus recriminaciones, a sus torneos de elocuencia, como a una riña de gallos. Juzga de los méritos y aplaude los golpes certeros. El negocio que más le preocupa es tener fiestas, bien entendidas; decretó la pena de muerte para aquel que propusiera emplear en la guerra el dinero que estaba destinado a las fiestas públicas. Sus generales eran sólo de parada. «Excepto uno que va a la guerra- dijo Demóstenes-, los demás decoran vuestras fiestas en el séquito de los sacrificadores.» Cuando es necesario equipar la flota y hacerla partir, nadie se decide, o se decide muy tarde; por el contrario, para las procesiones, las representaciones públicas, todo está previsto, ordenado, exactamente realizado como es necesario y a la hora señalada. Poco a poco, bajo el influjo de la sensualidad primitiva, el Estado se ha convertido en una empresa de espectáculos, encargada de ofrecer goces poéticos a gente de buen gusto.

De un modo análogo, en la filosofía y en la ciencia sólo quisieron coger la flor de las cosas; no tuvieron la abnegación del sabio moderno que emplea todo su talento para esclarecer un punto oscuro en la erudición; que observa durante diez años seguidos una especie animal; que realiza y comprueba incesantemente sus experimentos y que, confinado por su voluntad, en un trabajo ingrato, pasa la vida ocupado en labrar pacientemente dos o tres sillares que se emplearán en levantar un inmenso edificio, el cual no ha de ver acabado, pero que será útil a las generaciones futuras. En Grecia la filosofía es una conversación; nace en los gimnasios, bajo los pórticos, en las avenidas bordeadas de plátanos; el maestro habla paseando, y los discípulos le acompañan.

Todos se lanzan, de un vuelo a las más altas conclusiones, porque es para ellos un placer tener ideas de conjunto; lo que les produce tal satisfacción, que sólo a medias se ocupan en construir un camino sólido y bien trazado; sus pruebas no son en muchas ocasiones mas que verosímiles. En suma, son gentes especulativas, que se emplean en caminar por las cumbres, recorriendo en un instante, como los dioses de Homero, una vasta extensión desconocida y que abarcan el mundo entero de una sola ojeada. Un sistema es algo como una ópera sublime, ópera para espíritus comprensivos y curiosos. De Thales a Prócuro, la filosofía griega se ha desenvuelto, como sus tragedias, en torno de treinta o cuarenta temas principales, a través de una infinidad de variantes, de amplificaciones y combinaciones. La imaginación filosófica ha manejado las ideas y las hipótesis como la imaginación mitológica manejaba los dioses y las leyendas.

Si pasamos de considerar sus obras a considerar sus procedimientos, hallaremos también la misma disposición de espíritu. Son tan sofistas como filósofos; les gusta ejercitar su inteligencia por el placer de ejercitarla. Una distinción sutil, un largo análisis delicadísimo, un argumento capcioso y difícil de desembrollar les atrae y les retiene. Se divierten y gastan tiempo en la dialéctica, las argucias y las paradojas; no tienen toda la seriedad necesaria; si emprenden una investigación, no es para un resultado firme y definitivo; no aman la verdad de un modo único, absoluto, olvidando y despreciando todo lo demás. Es una pieza que algunas veces cobran en sus cacerías; pero cuando se les oye razonar, pronto se comprende que, aun sin confesarlo, prefieren la cacería a la pieza cobrada, la cacería, con las destrezas, los ardides, los rodeos, el ímpetu y el sentimiento de la acción libre, aventurera y triunfal que comunica a los nervios y a la imaginación del cazador. “¡Oh griegos, griegos- decía un sacerdote egipcio a Solón-, sois unos niños!” Y efectivamente, jugaron con la vida, con todas las cosas graves de la vida, la religión y los dioses, la política y el Estado, la filosofía y la verdad.

V

Y por eso precisamente han sido los artistas más grandes del mundo. Tuvieron la encantadora libertad de espíritu, la desbordante alegría inventiva, la graciosa embriaguez de imaginación que lleva de continuo al niño a fabricar y manejar constantemente pequeños poemas sin más fin que dar rienda suelta a sus facultades nuevas y llenas de vida que siente de pronto despertarse en su interior. Los tres rasgos más importantes que hemos deslindado en su carácter son justamente los que constituyen el espíritu y el talento del artista. Delicadeza en la percepción, aptitud para advertir las relaciones más delicadas, sentido del matiz; tales son los medios que le permiten construir conjuntos de formas, de colores, de sonidos, de acciones, es decir, elementos y por menores tan bien ligados entre sí, por relaciones íntimas, que su organización se convierte en algo vivo que supera en el mundo imaginario la armonía profunda del mundo real. Necesidad de una claridad absoluta; sentido de la medida; horror a lo vago y abstracto; desdén de lo enorme y monstruoso; gusto por los contornos precisos y definidos, tales son los medios que le inclinan a encerrar sus concepciones en formas fácilmente asequibles a la imaginación y a los sentidos y, por tanto, a crear obras que todas las razas y todos los tiempos pueden entender y que, por lo mismo que son humanas, serán eternas. Amor y culto a la vida presente; comprensión de la potencia humana; anhelo e serenidad y alegría: estos son los medios que le llevan a evitar la representación de la miseria física y de las enfermedades espirituales, a retratar la salud del alma y la perfección del cuerpo y a sustentar la belleza adquirida de la expresión en la belleza fundamental del sujeto. Tales son los rasgos distintivos de todo el arte griego. Una ojeada a su literatura, comparada con la de Oriente, la de la Edad Media y la de los tiempos modernos; una lectura de Homero, comparada con la *Di-*

vina Comedia, el *Fausto* o las epopeyas indias; el estudio de su prosa, comparada con la prosa de todos los demás países y épocas, os convencería de lo que acabo de decir.

Al lado de su estilo literario, todos parecen enfáticos, pesados, inexactos, violentos; al lado de los tipos morales que han creado, los demás tipos resultan excesivos, tristes, enfermizos; junto a los cuadros poéticos y oratorios, todo cuadro que no proceda de lo griego es desproporcionado, incoherente, dislocado para la obra que contiene.

Pero nos falta espacio y tenemos que elegir un ejemplo entre cien que podrían presentarse. Consideremos lo que aparece ante la vista y que impresiona las miradas al llegar a la ciudad; ya comprenderéis que me refiero al templo. Por lo común está en una altura, que es la acrópolis, sobre un pedestal de roca, como en Siracusa, o en un cerro, que fue, como en Atenas, el primer lugar de refugio y el primitivo emplazamiento de la ciudad. Se le ve desde todo el llano y las colinas próximas; las naves le saludan de lejos al acercarse al puerto. Se destaca íntegro y con nitidez en el aire diáfano. No se halla, como las catedrales de la Edad Media, apretado y ahogado por las hileras de casas, disimulado y medio oculto a las miradas, apenas visible mas que en los pormenores y las partes más altas. Su base, sus flancos, toda su masa y proporciones aparecen en conjunto. No es necesario adivinar la totalidad por una muestra pequeña, sino que la colocación del templo griego le da las proporciones justas ante los sentidos del hombre. Para que nada falte a la claridad de la percepción, es de dimensiones medianas o pequeñas. Entre los templos griegos sólo hay dos o tres tan grandes como la Magdalena. Nada parecido a los enormes monumentos de la India, Babilonia y Egipto, a los palacios superpuestos y aglomerados, al dédalo de avenidas, recintos, salas y colosos, cuya inmensidad acaba por producir en el espíritu la inquietud y el deslumbramiento. Nada parecido a las gigantescas catedrales que cobijaban bajo sus naves a la población entera de una ciudad, las cuales, aun cuando estén en una altura, no puedan ser abarcadas en co n-

junto por la vista, cuya silueta no se determina con precisión y en las que para darse cuenta de la armonía de conjunto es necesario el plano que la muestre en toda su integridad.

El templo griego no es un lugar de reunión, sino la morada particular de un dios; un relicario para su imagen, la custodia de mármol que encierra una sola estatua. A cien pasos del recinto sagrado que le rodea se percibe la dirección y el enlace de sus líneas principales. Además son éstas tan simples que basta una mirada para comprender el conjunto. Ninguna complicación, extravagancia ni rebuscamiento en tales edificios; es un rectángulo rodeado de un peristilo de columnas; tres o cuatro formas elementales de la geometría bastan para todo, y la simetría de la composición las acentúa repitiéndolas o contrastándolas. El coronamiento del frontón, el acanalado de los fustes, la talla del capitel, todos los accesorios y pormenores concurren a mostrar, con más relieve, el carácter propio de cada elemento; y la diversidad de la policromía acaba de determinar con precisión todos estos valores.

En los diversos rasgos enumerados habréis reconocido la necesidad fundamental de las formas definidas y claras. Otra nueva serie de caracteres os demostrará la finura de tacto y la exquisita delicadeza de sus percepciones. Existe un lazo entre todas las formas y las dimensiones de un templo, como entre todos los órganos de un cuerpo vivo; y los griegos acertaron a encontrar ese lazo fijando el módulo arquitectónico, el cual, dado el diámetro de una columna, determina su altura y, como consecuencia, el orden a que pertenece la base, el capitel, la separación de columnas y la economía general del edificio. Han alterado intencionadamente la tosca rigidez de las formas matemáticas y las han adaptado a las misteriosas exigencias de la vista, engrosando la columna con una sabia curva a los dos tercios de su elevación, abombando todas las líneas horizontales e inclinando hacia el centro las verticales del Partenón, con lo cual se libertaron de la simetría, absolutamente mecánica; han construido sus Propileos con

dos alas desiguales, y también los santuarios del Erecteo tienen niveles distintos. Supieron entrecruzar, alterar, animar en cierto modo los planos y los ángulos, de tal suerte que comunican a la geometría arquitectónica la gracia, la diversidad, lo imprevisto, la flexible fluidez de la vida y, sin aminorar el efecto de las masas, han bordado en la superficie una trama elegantísima de ornamentación pintada y esculpida. En este respecto no hay nada comparable a su gusto maravilloso, a no ser la ponderación que reina en él; supieron reunir dos cualidades que parecen antitéticas: la riqueza extremada y la estricta sobriedad. Nuestros actuales sentidos no alcanzan tal delicadeza, y sólo a medias y gradualmente llegamos a enterarnos de la perfección de sus obras.

Ha sido necesaria la exhumación de Pompeya para que llegásemos a tener una idea aproximada del vivo y armonioso encanto de la decoración mural, y en nuestros días un arquitecto inglés ha medido la imperceptible inflexión de las horizontales levemente henchidas y de las perpendiculares convergentes que producen la suprema belleza del más hermoso templo griego. Nos encontramos ante ellos como un oyente vulgar ante un músico que ha nacido para la música y se ha educado en ella; la ejecución tiene tanta delicadeza, tan puros sonidos, tal plenitud en los acordes, tantas sutilezas de intención, tales aciertos expresivos, que el oyente con pocas dotes y mala preparación no coge sino lo más burdo, y sólo de vez en cuando. Nos queda únicamente la impresión total, y esta impresión, conforme al genio de la raza, es como la de una fiesta gozosa y tonificante.

La criatura arquitectónica es en Grecia sana y absolutamente viable; no necesita que acampe a su sombra una colonia de canteros o albañiles que reparen incesantemente su ruina incesante; no pide prestado el apoyo de las bóvedas a los contrafuertes exteriores; no le es preciso una armadura de sostener el prodigioso andamiaje de hierro para sus campanarios labrados y recortados, para sujetar a los muros el maravilloso y complicado encaje, la frágil filigrana de piedra. No es obra de la imaginación sobreexcitada, sino de la razón lúcida; está

hecha para durar por sí misma sin ayuda de nadie. Casi todos los templos de Grecia se hallarían intactos si no hubiese intervenido en su destrucción la brutalidad o el fanatismo de los hombres. Los templos de Poestum están en pie desde hace veintitrés siglos, y fue la explosión de un polvorín lo que dividió en dos el Partenón. Entregado a sus propias fuerzas, el templo griego persiste y se sostiene; lo que se comprende al ver su sólida traza; la masa le da coherencia en vez de contribuir a su ruina. Sentimos que los distintos miembros están en equilibrio porque el arquitecto ha manifestado la estructura interna por medio del exterior sensible, y las líneas que agradan a la vista con sus armoniosas proporciones son precisamente las líneas que satisfacen a la inteligencia con promesas de eternidad. Añadid a este aspecto de la resistencia el de la elegancia y facilidad; el edificio griego no se propone sólo perdurar, como las construcciones egipcias. No se encuentra agobiado por el peso de su mole, como un Atlas terso y fornido, sino que se desarrolla, se levanta, se yergue, como el cuerpo hermoso de un atleta con quien coinciden el vigor con la delicadeza y la serenidad. Fijémonos también en sus adornos, los escudos de oro que brillan como estrellas en el arquitrabe, las acroteras de oro, las cabezas de león que resplandecen a la luz del sol, los hilos dorados, y algunas veces los esmaltes que serpentean en los capiteles; la capa de bermellón, de minio, de azul, de ocre pálido, de verde, de todos los tonos vivos o apagados que, unidos y en oposición, como en Pompeya, producen en la vista, la sensación de la sana alegría meridional. Contad, pues, por fin, los bajorrelieves, las estatuas de los frontones, de las metopas y del friso y, sobre todo, la efigie colosal de la *cella* interior; todas las esculturas de mármol, de marfil y de oro; todos los cuerpos heroicos o divinos que ponen ante las miradas de los hombres las imágenes acabadas de la fuerza varonil, de la perfección atlética, de la virtud militante, de la noble sencillez, de la serenidad inalterable, y así tendréis una primera idea del genio y del arte en Grecia.

CAPITULO II

El momento.

Necesitamos ahora dar un paso más y considerar un nuevo carácter de la civilización griega. No sólo un habitante de la antigua Grecia es un griego, sino que además es un hombre de la antigüedad; no se diferencia de un inglés o de un español por la diversidad de raza que trae consigo distintas inclinaciones y aptitudes, sino que se diferencia de un inglés, de un español y de un griego contemporáneo por hallarse colocado en una época anterior de la historia, con ideas y sentimientos muy distintos de los nuestros. Nos precedió y vamos siguiendo sus pasos. No construyó su civilización sobre la nuestra, sino que, al contrario, ésta fue cimentada, sobre la civilización griega y otras muchas. Vivió en la planta baja del edificio del cual actualmente habitamos el segundo o tercer piso, lo cual produce infinitas consecuencias en número e importancia ¿Puede haber algo más distinto que la vida al nivel del suelo, con todas las puertas abiertas hacia el campo, y la vida encerrada entre las cuatro paredes de un piso estrecho, encaramado en lo alto de una casa moderna? Tal contraste puede expresarse en breves palabras; vida, y su espíritu eran sencillos; nuestra vida y nuestro espíritu son muy complicados. Por consiguiente su arte es más sencillo que el nuestro, y la idea que tienen del alma y del cuerpo del hombre les ofrece materia para realizar obras que nuestra civilización no puede producir.

I

Basta dirigir una ojeada sobre lo más externo de la vida griega para comprender toda su sencillez. La civilización, al correrse hacia el Norte, ha tenido que proveer a muchas necesidades de las que no había de preocuparse en los primeros puntos meridionales donde se estableció. En un clima húmedo o frío como el de la Galia, Germania, Inglaterra, América del Norte, el hombre necesita comer más; las casas han de ser más sólidas y más hospitalarias; los trajes, más fuertes y de más abrigo; es indispensable más fuego y más luz; más defensas contra la intemperie, más víveres, instrumentos e industrias. Forzosamente ha de convertirse en un hombre industrioso, y como las exigencias aumentan al satisfacerlas, consume las tres cuartas partes del esfuerzo en proporcionarse el bienestar. Pero las comodidades que conquista son otras tantas trabas con que se sujeta y se convierte en esclavo de la comodidad.

¡Cuántas complicaciones en el traje de un hombre de nuestro tiempo! ¡Y cuánta complicación, mayor todavía, en el de la mujer, aun de la clase media! Dos o tres armarios no bastan a contener todos sus complicados atavíos. Fijaos en que ahora siguen nuestra moda las damas de Nápoles y Atenas. Un palicaro lleva también un indumento tan excesivo como el nuestro. La civilización del Norte, al influir sobre los pueblos atrasados del Mediodía, ha llevado a esos países el traje del norte y centro de Europa, de una complicación superflua; y es necesario internarse en las regiones más apartadas o descender a las clases sociales más humildes para encontrar en Nápoles los lazzaroni envueltos en una especie de manto o las mujeres de Arcadia vestidas con una simple túnica; es decir, para tropezar con gentes que subordinen y reduzcan el vestido a las estrictas exigencias de su clima.

En la antigua Grecia, una túnica corta y sin mangas, para el hombre, y una túnica larga y doble desde los hombros a la cintura, para la mujer, constituyen la parte principal del traje, a lo que puede añadirse un trozo cuadrado de tela para envolverse o un velo para salir a la calle en el tocado femenino, y sandalias con frecuencia; Sócrates, no

las llevaba mas que en los días de festín, a menudo el griego iba descalzo y con la cabeza descubierta. Todas estas vestiduras pueden quitarse en un momento, no oprimen el talle, sino que indican las formas del cuerpo: el desnudo aparece por los intersticios y en los movimientos. Se despojan de sus ropas en los gimnasios, en el estadio y en muchas danzas solemnes. «Es costumbre de los griegos- dice Plinio- el no querer ocultar cosa alguna». El traje no es para ellos mas que un accesorio holgado, que permite al cuerpo moverse libremente y que puede desaparecer, si se desea, con una gran rapidez.

Idéntica sencillez en la segunda envoltura de cuerpo, es decir, en la habitación. Comparad una casa de Saint-Germain o de Fontainebleau con una casa de Pompeya o de Herculano, esas dos lindas ciudades que, con relación a Roma, desempeñaban la misma función que Saint-Germain o Fontainebleau desempeñan en relación con París. Contad todo lo que compone en la actualidad una casa aceptable: la gran edificación de piedra con dos o tres pisos; ventanas con sus correspondientes vidrios, papeles, tapicería, persianas, dobles cortinas y hasta triples en ocasiones; estufas, chimeneas, alfombras, lechos, asientos, muebles de todas clases, y los innumerables cachivaches útiles o de lujo. Poned frente a este cúmulo de cosas los muros endeblados de una casa de Pompeya; las diez o doce habitaciones pequeñas, agrupadas en torno de un patio donde murmura un hilillo de agua; las delicadas pinturas, los bronceos primorosos. Es un albergue grato y ligero, sólo para dormir durante la noche o pasar la hora de la siesta en el centro del día, gozando de una frescura deliciosa, mientras las miradas se entretienen siguiendo los arabescos delicados y con la bella armonía de color. El clima no pide otra cosa. En los siglos más gloriosos de Grecia aun eran mucho más limitadas las necesidades de este género. Muros blanqueados que un ladrón podía atravesar sin dificultad; sin pintura alguna, aun en los tiempos de Pericles; un lecho con algunas telas, un cofre, unos cuantos hermosos vasos pintados, las armas colgadas y una lámpara de estructura primitiva. Una casita pe-

queña, con un solo piso muchas veces, bastaba para un noble ateniese; vivía casi siempre fuera, al aire libre, bajo los pórticos, en el ágora o en los gimnasios; y los edificios públicos, donde se desenvolvía su vida pública, estaban tan sobriamente alhajados como su propia casa. En lugar de un palacio como las Cámaras o el de Westminster de Londres, con toda su complicada distribución, los asientos, el alumbrado, la biblioteca, el *buffet*, múltiples secciones y servicios, no hay mas que una plaza vacía, el Pnyx, con algunos escalones de piedra que sirven de tribuna al orador.

Ahora estamos construyendo una Ópera, y necesitamos una gran fachada, cuatro o cinco vastos pabellones, vestíbulos, salones y corredores de todas clases, un amplio espacio para la concurrencia, un escenario enorme, unos desvanes gigantescos para guardar las decoraciones y una infinidad de palcos y de habitaciones para la administración y los artistas; gastaremos cuarenta millones y la sala será capaz para dos mil espectadores. En Grecia, un teatro contenía cincuenta mil y costaba veinte veces menos que los nuestros, porque la Naturaleza generosamente sufragaba todos los gastos. El flanco de una colina, donde se dibujaba la gradería circular; un altar en el centro, y en lo más bajo un gran muro esculpido, como el de Orange, para que resuene la voz del actor; el sol por toda iluminación, y como decoración lejana, unas veces, el mar resplandeciente; otras, grupos de montañas vestidas de luz. Los griegos sabían llegar hasta la magnificencia por la sobriedad y atender a sus placeres, como a todos sus asuntos, con perfección inaccesible a nuestras prodigalidades de dinero.

Pasemos ahora a las construcciones morales. Actualmente un Estado comprende treinta o cuarenta millones de hombres, esparcidos en un territorio que mide a lo ancho y a lo largo muchos centenares de leguas. Tal estructura le da una gran solidez, pero en cambio es más complicado, y para desempeñar una función cualquiera los hombres tienen que estar especializados. Por consiguiente, los cargos públicos necesitan especialización como todo lo demás. La gran masa de los

habitantes no interviene en los asuntos generales mas que de cuando en cuando, por medio de las elecciones. Viven o vegetan en las provincias, sin poder formar una opinión personal ni exacta; limitados a impresiones vagas y emociones ciegas; obligados a ponerse en manos de personas más instruidas, que envían a la capital para que les representen y decidan la paz, la guerra y los impuestos. “Una sustitución análoga se produce en cuanto se refiere a la religión, la justicia, el ejército y la marina. En cada uno de estos servicios tenemos grupos de personas especializadas; es necesario un largo aprendizaje para desempeñar los cargos que corresponden a un corto número de ciudadanos. No tomamos parte en estas funciones y tenemos delegados que, elegidos por los mismos ciudadanos o por el Estado, combaten, navegan, juzgan o rezan por nosotros. Y no puede suceder de otro modo, porque los servicios son muy complejos para que pueda cualquiera realizarlos sin preparación; es preciso que el sacerdote pase por el Seminario; el magistrado, por la Facultad de Derecho; el marino y el militar, por las escuelas especiales, el cuartel y el barco; el empleado, por los exámenes y las oficinas.”

Por el contrario, en un Estado tan pequeño como la ciudad griega, cualquier hombre está en disposición de desempeñar las funciones públicas; la sociedad no se divide en funcionarios y administrados; no hay burgueses que hacen vida retirada, sino ciudadanos activos. El ateniense decide por sí mismo de los intereses generales; cinco o seis mil ciudadanos escuchan a los oradores y votan en la plaza pública, que es la plaza del mercado. Allí se viene lo mismo para hacer decretos y leyes que para vender el vino y las aceitunas; el campesino no tiene mucho más trayecto que recorrer que el hombre de la ciudad, porque todo el territorio no abarca mas que la extensión actual de los arrabales en nuestras ciudades. Además, los asuntos de que se trata están a su alcance; son intereses de campanario, puesto que la ciudad constituye todo el Estado. No le cuesta trabajo entender la conducta que ha de seguirse con Megara o Corinto; le basta recurrir a su expe-

riencia personal y a las impresiones de cada día; y no necesita para nada ser un político de profesión, versado en la geografía y la historia, la estadística y tantos otros utilísimos conocimientos. De un modo análogo realiza la función del sacerdocio en su casa y de vez en cuando las de pontífice de su patria o de su tribu; porque la religión es para un griego un hermoso cuento de niños, y las ceremonias que celebra consisten en danzas o cantos que sabe desde pequeño, o en un festín que preside de determinada manera. Es también juez en las dicasterias en lo civil, en lo criminal y en lo religioso; abogado, con la obligación de defender su casta. Un meridional, un griego es por naturaleza de espíritu despierto; siempre habla bien y con gusto; las leyes aun no se han multiplicado ni forman enrevesados códigos y compilaciones; las conoce en líneas generales, y los que acuden ante el tribunal se las recuerdan; y, sobre todo, la costumbre le permite escuchar su instinto y su buen sentido, sus emociones y sus pasiones, por lo menos tanto como el estricto derecho y los argumentos legales.

Si fuese rico, sería empresario. Ya hemos visto que el teatro griego es menos complicado que el nuestro, y para hacer ensayar las danzas, los coros, los actores, un griego, un ateniense, siempre tiene buen gusto. Rico o pobre, es soldado; como el arte militar es todavía muy sencillo y se desconocen las máquinas de guerra, la guardia nacional es el ejército. Y hasta los tiempos romanos no lo ha habido mejor. Para constituirlo y formar el soldado perfecto se necesitan dos condiciones, y ambas son resultado de la educación general, sin preparación especializada, sin instrucción militar, sin disciplina ni ejercicios de cuartel. De una parte, quieren que cada soldado sea el mejor gladiador posible, con el cuerpo más robusto, más flexible y más ágil; el mejor dispuesto para herir, para defenderse y el más diestro en la carrera. De esto se encargan los gimnasios, que son los colegios de la juventud; allí aprenden todo el día durante largos años el arte de luchar, saltar, correr, lanzar el disco, y metódicamente se ejercitan y endurecen los miembros y los músculos. Por otra parte, desean que los soldados se-

pan marchar, correr, hacer toda suerte de evoluciones en buen orden, de lo cual se ocupa la orquestrica. Todas las fiestas nacionales y religiosas enseñan a los niños y a los muchachos la manera de formar y deshacer los grupos: en Esparta, el coro de danza pública y la compañía militar están calcados de un mismo patrón. Preparado de tal suerte por las costumbres, se comprende que el ciudadano sea soldado sin ningún esfuerzo y desde el primer momento.

También será marino sin mucho más aprendi zaje. En aquel tiempo una nave de guerra no era mas que un barco de cabotaje con una tripulación cuando más de doscientos hombres y que no pierde nunca de vista las costas. En una ciudad que tiene un puerto y vive del comercio marítimo no hay nadie que no sepa hacer la maniobra de un barco, nadie que no conozca anticipadamente o aprenda con facilidad las señales del tiempo, los cambios del viento, las posiciones y las distancias; toda la técnica y todos los accesorios que un marinero o un oficial de marina no saben sino después de diez años de estudio y de práctica.

Todas estas particularidades de la vida en la antigüedad arrancan de una misma raíz: la extra ordinaria sencillez de una civilización sin precedentes; y todas producen un solo resultado, a saber: la maravillosa sencillez del alma bien equilibrada, en la cual ninguna aptitud ni inclinación ha sido desarrollada en detrimento de las otras; espíritu que no se ha sometido a ninguna influencia exclusiva y que ninguna función especial ha deformado. En la actualidad conocemos el hombre culto y el inculto, el hombre de la ciudad y el de la aldea, el provinciano y el parisiense, sin contar además tantas especies distintas como clases sociales, profesiones y oficios existen, considerando siempre al individuo metido en la casilla que le corresponde y acosado por las necesidades que ficticiamente se ha creado. El griego, menos artificial, menos especialistas, menos alejado del estado primitivo, actuaba en un círculo político más proporcionado a las facultades humanas y vivía en medio de costumbres favorables a la vitalidad de las facultades.

des animales; más cerca de la vida natural y menos esclavo de la civilización acumulada, era un hombre más completo.

II

Pero todo esto no es sino el ambiente circundante y los moldes externos que contribuyen a modelar el individuo. Penetremos ahora en el interior del mismo individuo; lleguemos hasta sus sentimientos e ideas, y aún quedaremos más impresionados al ver la distancia que les separa de nuestro propio pensar y sentir. Dos culturas distintas determinan siempre las ideas y sentimientos: la cultura religiosa y la cultura laica, y ambas actuaban en un mismo sentido, entonces para hacerlos sencillos, ahora para complicarlos de un modo creciente. Los pueblos modernos son cristianos, y el cristianismo es una religión producto de una segunda etapa de la civilización que contradice el instinto natural; puede compararse este movimiento religioso a una contracción violenta que ha desviado la actitud primitiva del alma humana. En efecto, declara que el mundo es malo y el hombre está corrompido, y, ciertamente, en el siglo en que apareció el cristianismo era ésta una verdad indubitable. Es necesario que el hombre, según el criterio cristiano, cambie de camino. La vida presente no es más que un destierro; volvamos nuestros ojos a la patria celestial. Nuestro fondo natural es vicioso; reprimamos, pues, todas nuestras inclinaciones naturales y mortifiquemos nuestra carne. La experiencia de los sentidos y el razonamiento de los sabios son insuficientes y engañosos; tomemos como antorcha que nos guíe en las tinieblas la revelación, la fe, la inspiración divina. Por medio de la penitencia, el renunciamiento y la meditación hagamos que se desarrolle en nosotros el hombre espiritual y que nuestra vida sea un continuo y apasionado, esperar la liberación, un abandono continuado de nuestra voluntad, un suspiro incesante hacia Dios, un pensamiento de amor sublime, algunas veces

recompensado por el éxtasis y la visión del más allá. Durante catorce siglos el anacoreta y el monje eran los modelos ideales que se debían imitar. Para medir toda la potencia de semejantes ideales y la enorme transformación que impone a las facultades y a las costumbres humanas, deben leerse sucesivamente el gran poema cristiano, los grandes poemas del paganismo: de un lado, la *Divina Comedia*; de otro, la *Odisea* y la *Ilíada*. Dante tiene una visión; se siente transportado fuera de nuestro mundo perecedero, a las regiones eternas; allí ve todas las torturas, las expiaciones, las delicias. Es presa de angustias y terrores sobrehumanos; todo cuanto la imaginación frenética y refinada de justiciero y de verdugo pueden inventar, aparece a sus ojos, sufre con los tormentos y desfallece de dolor. Luego sale de las profundas tinieblas, sube a la luz; su cuerpo es ingrátido, y vuela involuntariamente atraído por la sonrisa de una dama resplandeciente; escucha a las almas, que no son sino voces y melodías flotantes; contempla los coros, la rosa de luz viva formada por las virtudes y potencias celestes; las palabras sagradas, los dogmas de la verdad teológica resuenan en el espacio. En las encendidas alturas donde la razón se deshace como la cera, el símbolo y la aparición, confundidos y entrelazados, terminan en un místico deslumbramiento, y el poema entero, infernal o divino, es un sueño que comienza como una pesadilla para terminar en el éxtasis.

¡Cuánto más natural y más sano es el espectáculo que nos presenta Homero! Es la Troyade, la isla de Itaca, las costas de Grecia; todavía en la actualidad se pueden seguir sus pasos; se reconocen los perfiles de las montañas, el color del mar, las fuentes rumorosas, los cipreses, los olmos donde anidan las aves marinas; ha sabido copiar la Naturaleza estable y permanente; por todas partes en su obra huellan las plantas el suelo firme de la verdad. Su libro es un documento histórico, porque sus contemporáneos tenían las costumbres que ha descrito; el mismo Olimpo no es sino una familia griega. No tenemos necesidad de violentarnos o exaltarnos para reconocer en nosotros mismos los

sentimientos que expresa ni para imaginar el mundo que pinta; combates, viajes, festines, discursos públicos, conversaciones privadas, todas las escenas de la vida real; amistad, amor paterno y conyugal, necesidad de gloria y de acción; cólera, calma, afición a las fiestas, alegría de vivir, todas las emociones y las pasiones del hombre natural. Se encierra en el círculo visible que en cada generación halla la experiencia humana; a esto sólo se ciñe; este mundo le basta, y es el único que le importa. El *más allá* no es otra cosa que la morada incierta de las vanas sombras. Cuando Ulises, al encontrar a Aquiles en la región de Hades, le felicita por ser también el primero entre las sombras, Aquiles le responde: “No me hables de la muerte, glorioso Ulises. En más estimaría ser labrador y servir por un salario a un hombre sin hacienda, que pasase mil trabajos para susten tarse, en más estimaría tal suerte que mandar a todos los muertos que han vivido. Háblame más bien de mi glorioso hijo; dime si ha sido el primero en el combate.” Así, más allá del sepulcro le pre ocupa todavía la vida presente. “El alma del raudo Aquiles se alejó entonces a grandes pasos por la pradera de asfódelos, gozosa al saber de mis labios que su hijo era ilustre y valeroso.” En todas las épocas de la civilización griega el mismo sentimiento reaparece con diversos matices: su mundo es el que se ilumina con la luz del sol; el moribundo tiene como consuelo y esperanza que le sobrevivan en plena luz sus hijos, su gloria, su sepulcro, su patria. “El hombre más dichoso que he cono cido- decía Solón a Cresos- es Tellos de Atenas, porque su ciudad goza de próspera fortuna; tuvo hijos hermosos y buenos, que han tenido asimismo otros hijos y han sabido conservar sus bienes mientras él vivió; habiendo tenido la suerte dichosa de morir gloriosamente, porque, combatiendo los de Eleusis con los de Atenas, salió Tellos en auxilio de los de su ciudad y murió haciendo huir a los enemigos; los atenienses le sepultaron por cuenta del Estado en el mismo sitio donde cayó y le hicieron grandes honores.” En tiempo de Plató n, Hippias, intérprete de la opinión popular, dice también: “Lo más hermoso en todos los tiempos, para to-

dos los hombres y en todos los lugares, es tener riquezas y salud, ser considerado entre los griegos, y llegar así a la ancianidad, y después de haber cumplido con decoro los últimos deberes para con sus padres, ser también llevado a la tumba por sus descendientes con idéntica solemnidad.”

Cuando la reflexión filosófica viene a detenerse en el *más allá*, no parece tampoco terrible, infinito, desproporcionado con la vida presente, tan indubitable como ésta, inagotable en suplicios o en delicias, espantoso abismo o gloria angélica. “En la muerte- decía Sócrates a sus jueces- tiene que ocurrir una de estas dos cosas que os expongo: o bien el que muere ya no es nada y no tiene sensación alguna, o bien la muerte es, según se dice, un tránsito, el paso del alma desde este mundo a otro lugar. Si cuando se muere ya no hay ninguna sensación y se entra en una especie de sueño, en que ni siquiera se sueña, entonces morir es una maravillosa ventaja; porque, según creo, si alguien eligiese entre sus noches una parecida a la noche tranquila en que se duerme profundamente y sin ensueños y la comparase con los demás días y noches de su vida para averiguar si en todas estas horas hubo algunas más dulces que aquellas, me figuro que no tendría gran trabajo en hacer la cuenta, y eso que no sólo hablo ahora de un hombre vulgar, sino del gran rey. Si la muerte es así, digo que al morir se gana, porque de esta manera todo el tiempo después de la muerte no es mas que una larga noche. Pero si la muerte es el tránsito a otro lugar donde se hallan todos los muertos reunidos, ¿qué mayor bien, ¡oh jueces!, puede imaginarse? Si un hombre al llegar a la región de Hades, libre de los que aquí se llaman jueces, encontrase allí jueces verdaderos, aquellos que según nos cuentan juzgan en ese lugar, Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo y todos aquellos semidioses que fueron justos en vida, ¿por ventura sería este cambio muy lamentable? Vivir con Orfeo, Hesiodo, Museo y Homero, ¿a qué precio compraríamos dicha semejante? Para mí, si esto es cierto, deseo mil veces morir.” Así, en uno y otro caso “debemos esperar confiados la muerte.” Veinte

siglos después, Pascal, volviendo a plantearse el problema, ante la misma incertidumbre, no veía para el increíble otra esperanza que “la horrible alternativa de ser aniquilado eternamente o ser eternamente desgraciado”. Tal contraste nos muestra bien a las claras la enorme alteración que desde hace diez y ocho siglos ha trastornado el alma humana. La perspectiva de una eternidad de penas o de bienaventuranza ha roto su equilibrio; hasta terminar la Edad Media, bajo esta presión inconmensurable ha fluctuado como una balanza desquiciada, unas veces en lo más alto, otras en lo más bajo, siempre en los extremos. Cuando, hacia el Renacimiento, la naturaleza oprimida se ha enderezado de nuevo y ha recobrado su ascendiente, se encuentra frente a la antigua doctrina ascética y mística, que trata de hundirla, no sólo con la tradición y sus instituciones mantenidas o renovadas, sino aun más con el profundo y duradero trastorno que había llevado al alma dolorida y a la imaginación sobreexcitada. Todavía en nuestro tiempo la lucha subsiste; hay en nosotros y en torno nuestros dos morales, dos conceptos de la naturaleza y de la vida; y este conflicto incesante nos hace sentir cuál sería el bienestar armonioso de un mundo joven en el cual los instintos naturales se desplegaban intactos y rectos al amparo de una religión que favorecía su desenvolvimiento en lugar de reprimirlo.

Si la cultura religiosa ha superpuesto a nuestras inclinaciones e espontáneas sentimientos en desacuerdo con ellas, la cultura laica ha enredado nuestro espíritu en un laberinto de ideas elaboradas, extrañas a nosotros. Comparad la primera y más poderosa educación, la que proporciona el idioma, tal como Grecia la poseía y como se halla entre nosotros. Las lenguas modernas, italiano, español, francés, inglés, son verdaderos dialectos, restos deformes de un hermoso idioma que una larga decadencia había corrompido y que importaciones y mezclas acabaron de alterar y confundir.

Recuerdan esos edificios construidos con los restos de un templo antiguo y algunos materiales recogidos al azar; en efecto, con piedras

latinas, mutiladas, agrupadas en otro orden; con guijarros del camino y tal cual trozo de argamasa, hemos construido el edificio en que vivimos; primero, castillo gótico; ahora, casa moderna. Nuestro espíritu puede vivir así, porque dentro de esos muros se ha formado; pero ¡con cuánta más holgura se movían los griegos dentro de los suyos! No es fácil comprender de pronto nuestras palabras, que tienen un sentido general: no son transparentes, no dejan ver su raíz, el hecho sensible de donde arrancan. Es necesario que nos expliquen términos que en otro tiempo el hombre entendía sin esfuerzo y por la sola virtud de la analogía: *género, especie, gramática, cálculo, economía, ley, pensamiento, concepto* y tantos otros. Aun en el alemán, donde este defecto queda aminorado, falta muchas veces el hilo conductor. Casi todo nuestro vocabulario filosófico y científico es extranjero; para emplearlo con propiedad nos vemos obligados a saber el griego o el latín, y generalmente lo empleamos mal. Ese vocabulario técnico ha insertado gran cantidad de palabras en la conversación corriente y en el estilo literario; de todo lo cual resulta que actualmente hablamos y pensamos con términos pesados y difíciles de manejar. Nos llegan ya hechos y enteramente aceptados; los repetimos por rutina; empleámoslos sin medir su alcance y sin apreciar el matiz, y no expresamos sino aproximadamente lo que deseamos decir. Un escritor necesita quince años para aprender a escribir, no con talento, que eso no se aprende, sino con claridad, soltura, propiedad y precisión. No tiene más remedio que sondear o profundizar diez o doce mil voces y expresiones diversas, saber sus orígenes, su filiación, sus alianzas; reconstruir de nuevo y sobre un plano original todas sus ideas y todo su espíritu. Si no lo ha hecho así y quiere razonar acerca del derecho, el deber, la belleza, el Estado y todos los grandes intereses humanos, tropieza caminando a tientas; se enreda en las frases vagas y grandiosas, en los lugares comunes sonoros, en las fórmulas abstractas y repelentes. Considerad a este propósito los periódicos y los discursos de los oradores populares. Esta es precisamente la situación de los obreros

inteligentes, pero que no han tenido una educación clásica; no son dueños de las palabras, y, por tanto, tampoco lo son de las ideas; hablan una lengua culta que no les pertenece; para ellos es poco clara, con lo cual se le enturbia también el espíritu, porque no han tenido tiempo de ir filtrando gota a gota. Enorme desventaja de que se hallaban libres los griegos, para los cuales no mediaba ninguna distancia entre el idioma de los datos sensibles y el del puro razonamiento, entre la lengua que hablaba el pueblo y la que empleaban las personas doctas, ya que una era continuación de la otra. No hay un solo término en un diálogo de Platón que fuese ininteligible para un muchacho al salir del gimnasio; no hay una sola frase en una arenga de Demóstenes que no pueda alojarse en su casilla adecuada, en el cerebro de un herrero o de un campesino de Atenas.

Tratad de traducir en un griego correcto un discurso de Pitt o de Mirabeau, y aun un trozo de Addison o de Nicole, y tendréis necesidad de pensarlo de nuevo y hacer toda una serie de transformaciones: os veréis forzados a hallar, para decir las mismas cosas, expresiones más próximas a los hechos y a la experiencia sensible. Una luz más intensa acentuará las líneas de todas las verdades y todos los errores; lo que antes os parecía natural y claro, ahora quedará a vuestros ojos como afectado y borroso, y comprenderéis, por la fuerza del contraste, por qué los griegos, cuyo instrumento del pensar era de una gran sencillez, cumplían mejor su cometido con menor esfuerzo.

Por otra parte, al mismo tiempo que el instrumento, la obra se ha complicado de un modo desmedido. Además de las ideas de los griegos, tenemos todas las que se han fabricado desde diez y ocho siglos a esta parte. Desde un principio nos hemos visto recargados con nuestras numerosas adquisiciones. Al salir de la barbarie brutal, al despuntar la Edad Media, el espíritu ingenuo que apenas balbucía tuvo que abarcar como pudo los restos de la antigüedad clásica, de la antigua literatura eclesiástica, de la espinosa teología bizantina, de la vasta y sutil enciclopedia de Aristóteles, refinada y oscurecida por los

comentaristas árabes. A partir del Renacimiento, la antigüedad resta urada vino a superponer todos sus conceptos a los nuestros, muchas veces embrollando nuestras ideas: imponiéndonos a tuerto y a derecho su autoridad, sus doctrinas y ejemplos; haciéndonos latinos y griegos por la lengua y por el corazón, como los letrados italianos del siglo XV; prescribiéndonos la manera de hacer dramas y el modo de expresarnos en el siglo XVII; sugiriéndonos sus máximas y sus utopías políticas como en el tiempo de Rousseau y de la Revolución.

Sin embargo, el arroyo que iba creciendo se ensanchaba con una infinidad de afluentes, por el caudal cada vez mayor de la ciencia experimental y de la invención humana; por las aportaciones distintas de las civilizaciones en plena actividad que ocupaban a la vez cinco o seis grandes países. Añadid a esto, desde hace un siglo, el conocimiento cada vez más generalizado de las lenguas y literaturas modernas; el descubrimiento de las civilizaciones orientales y remotas; los progresos extraordinarios de la historia, que ha resucitado ante nuestros ojos las costumbres y los sentimientos de diversas razas y siglos. La corriente se ha convertido en un río multicolor y anchuroso. Y todo esto tiene que devorar el espíritu humano, para lo que es necesario el genio, la paciencia y la dilatada vida de un Goethe si se quiere conseguir asimilarlo, hasta cierto punto.

¡Cuánto más límpida y recogida era la primitiva fuente! En los tiempos más bellos de Grecia “un joven aprendía a leer, escribir y contar, a tocar la lira, a luchar y a ser diestro en todos los demás ejercicios físicos.” A esto se reducía la educación “para los hijos de las familias más ilustres”. Debemos advertir, sin embargo, que el maestro de música le había enseñado a cantar algunos himnos religiosos y nacionales, a recitar versos de Homero, de Hesíodo y de los poetas líricos: el paeán, que cantaba en la guerra; la canción de Harmodio, que decía en la mesa. Cuando era algo mayor escuchaba en el ágora los discursos de los oradores, los decretos, las menciones de las leyes. En los tiempos de Sócrates, si era de espíritu curioso, iba a oír las dispu-

tas y las disertaciones de los sofistas, trataba, de procurarse un libro de Anaxágoras o de Zenón de Elea; algunos jóvenes se interesaban en las demostraciones geométricas. Pero la educación se reducía, en suma, a la gimnasia y a la música, y el corto espacio de tiempo que empleaba, entre dos ejercicios corporales, en seguir una discusión filosófica, no puede compararse a nuestros quince o veinte años de estudios clásicos y de estudios especiales; como tampoco sus veinte o treinta rollos de papiro manuscrito pueden compararse con nuestras bibliotecas de tres millares de volúmenes. Todas estas encontradas diferencias se reducen a una sola: la que separa una civilización espontánea y nueva de otra elaborada y compleja. Menos medios y herramientas, menos instrumentos industriales, menos engranajes en la sociedad, menos palabras aprendidas, menos ideas adquiridas; una herencia y una impedimento menor y, por tanto, más fácil de manejar; un crecimiento sin trastornos en el momento adecuado, sin crisis ni desatinos morales, y, por consecuencia, una actividad más libre de las facultades; una concepción más sana de la vida, un alma y una inteligencia menos atormentadas, menos fatigadas, menos deformadas. Estas notas características de su vida las veremos muy pronto reflejadas, en su arte.

III

En efecto; siempre la obra ideal es el resumen de la vida real. Si se estudia el alma moderna, al punto se observan en ella alteraciones, disonancias, enfermedades y casi podíamos decir hipertrofias de algunos sentimientos y determinadas facultades, que, de rechazo, aparecen visibles en el arte de nuestro tiempo. En la Edad Media el desarrollo exagerado del hombre espiritual e interno, el anhelo de ensueños sublimes llenos de ternura, el culto al dolor, el menosprecio del cuerpo, llevan la imaginación y la sensibilidad sobreexcitadas hasta las visiones y el éxtasis seráfico. Ya conocéis la *Imitación de Cristo* y las *Fio-*

tetti, las obras de Dante y de Petrarca, las delicadezas refinadas y las delirantes locuras de la caballería y las cortes de amor. Como consecuencia de todo esto, en la pintura y la escultura los personajes son feos y desprovistos de toda belleza; a menudo desproporcionados y poco viables; casi siempre flacos, macilentos, mortificados y absortos en un pensamiento que separa sus miradas de la vida presente; inmóviles en la expectación o en el transporte, o la melancólica dulzura del claustro o el arrebató del éxtasis, débiles o apasionados con exceso para vivir en la tierra y ya futuros ciudadanos del cielo. En la época del Renacimiento, la universal mejora de la condición humana, el ejemplo de la antigüedad que reaparece y es entendida, el empuje del espíritu liberado y orgulloso por sus grandes descubrimientos renuevan los sentimientos y el arte del paganismo. Pero las instituciones y los ritos de la Edad Media, aún subsisten, y en Italia como en Flandes podéis observar en las obras más bellas el extraño contraste de las figuras y los asuntos: mártires que parecen acabar de salir del antiguo gimnasio; Cristos que son unas veces la imagen de Júpiter tonante, otras Apolos llenos de serenidad; Vírgenes dignas del amor profano; ángeles tan graciosos como Cupido, y en ocasiones Magdalenas como sirenas tentadoras llenas de atractivos, y bellos San Sebastianes, Hércules con demasiada gallardía; es decir, un conjunto de santos y santas que, en medio de emblemas de penitencia y de tortura, conservan la salud vigorosa, la hermosa carnación, la altiva presencia que con vendría en absoluto a una alegre fiesta de nobles canéforas y hermosos atletas.

En la actualidad el desorden que reina en toda cabeza humana, la multiplicidad y contradicción de doctrinas, el exceso de vida cerebral, las costumbres sedentarias, el régimen artificial y la febril excitación de las grandes capitales ha exagerado la agitación nerviosa, ha exagerado la necesidad de sensaciones fuertes y nuevas, ha desarrollado la tristeza latente, las aspiraciones vagas, las ilimitadas concupiscencias. El hombre ya no es lo que era- y acaso hubiera debido seguir siendo

siempre-, un animal de especie superior, satisfecho de hacer y de pensar en la tierra que le sustenta, bajo el sol que le ilumina, sino que se ha convertido en un prodigioso cerebro, un alma infinita, para la que los miembros no son sino apéndices y los sentidos ínfimos servidores; insaciable en las curiosidades y ambiciones, siempre en busca de algo nuevo y deseando su conquista; con estremecimiento y arrebatos que arruinan su armazón física; llevado y traído desde los confines del mundo real hasta lo más profundo del mundo imaginario; unas veces embriagado, otras deprimido por la inmensidad de sus adquisiciones y de su labor; obcecado en la persecución de lo imposible o limitado tristemente en su oficio; transportado por ensueños dolorosos, llenos de intensidad y de grandeza como Beethoven, Heine y el *Fausto* de Goethe, o metido dentro de la casilla en que le encerró la sociedad, desenvolviéndose sólo en un sentido, por una especialidad o una monomanía, como los personajes de Balzac.

Para este espíritu no bastan las artes plásticas; lo que le interesa en una figura no son los miembros, el torso, toda la viviente armazón, sino la cabeza expresiva, la fisonomía movable, el alma transparente, manifestándose a través del gesto o el ademán; es la pasión o el pensamiento incorpóreo, palpitantes, desbordando a través de la forma y las apariencias exteriores; si llega a amar las bellas proporciones esculturales es por educación, previo un largo cultivo y por un gusto consciente, de *dilettante*. Vario y cosmopolita como es, puede interesarse por todas las formas del arte, por todos los momentos del pasado, por todos los aspectos de la vida; aprecia la resurrección de estilos antiguos o extranjeros, las escenas de costumbres rústicas, populares o bárbaras, los paisajes exóticos y lejanos, todo lo que es un alimento para la curiosidad, un documento para la historia, un motivo de emoción o de cultura. Harto y disipado como se halla, pide al arte sensaciones imprevistas y fuertes, nuevos efectos de color, de fisonomía y de ambiente; acentos que logren a cualquier precio conmoverle, in-

quietarle o divertirle, es decir, un estilo a dos dedos del amaneramiento, de lo excesivo y de lo convencional.

En Grecia, por el contrario, los sentimientos son de una gran simplicidad y, en consecuencia, los gustos son sencillos. Consideremos sus obras teatrales; nada de caracteres complejos ni profundos como los de Shakespeare; nada de intrigas hábilmente atadas y desenlazadas; nada de sorpresas. La obra se apoya en una leyenda histórica que sabe de memoria desde la infancia, y ya conoce todo lo que va a suceder y cómo ha de terminar. En cuanto a la acción, puede explicarse en dos palabras: Ajax, en un momento de arrebató, degüella los ganados del campo, pensando que lucha con los enemigos; avergonzado de su locura, laméntase de ella y se mata. Filoctetes, herido, se encuentra abandonado en una isla con sus armas; vienen en su busca, porque necesitan las flechas que tiene; indignado, se niega, a entregarlas, hasta que al fin cede bajo las órdenes de Hércules. Las comedias de Menandro, que conocemos a través de las de Terencio, están hechas de muy poca cosa; necesitaban combinarse dos para hacer una obra teatral a gusto de los romanos; la más complicada no tiene materia sino para una escena de nuestras comedias. Leed el principio de la *República* de Platón, las *Siracusanas* de Teócrito, los *Diálogos* de Luciano, el último escritor ático, o bien las *Económicas* y el *Ciro* de Jenofonte; no hay pasaje alguno en que se busque un efecto; todo se desenvuelve llanamente; son breves escenas familiares, cuya excelencia principal consiste en su misma naturalidad exquisita; ni un tono violento, ni un rasgo punzante o vehemente; apenas se llega a sonreír, y sin embargo se siente un encanto parecido al que experimentamos ante una flor campestre o un claro arroyo. Los personajes se sientan, se levantan, se miran, hablando como de ordinario, sin más esfuerzo que las figulinas pintadas en los muros de Pompeya. Con nuestro gusto estragado, forzado, que se complace con las bebidas fuertes, tentados estamos en un principio de encontrar el brebaje insípido; pero cuando durante algunos meses humedecemos en él nuestros labios, no

queremos beber mas que aquella agua clara y fresca; las otras literaturas nos parecen, con su áspero sabor, algo así como pimientos, burdos guisotes o verdaderos venenos.

Continuemos ocupándonos de este aspecto en su arte, y especialmente en el que estudiamos, la escultura. Gracias a esta especial disposición de espíritu han podido llevarla a la perfección y, en verdad, es su arte nacional, porque no hay arte alguno que exija espíritu, sentimientos y gustos más sencillos. Una estatua es un gran pedazo de mármol o bronce, y una estatua de grandes dimensiones se halla generalmente aislada sobre el pedestal; no es posible dotarla de un ademán muy vehemente ni de una expresión excesivamente apasionada, como corresponde a la pintura, y puede tolerarse en el bajorrelieve, porque de este modo el personaje resultaría afectado, puesto allí para causar impresión, y se corre el peligro de caer en el estilo de Bernini. Por otra parte, una estatua es sólida; el torso y los miembros tienen peso; se puede dar la vuelta en torno suyo, y el espectador tiene conciencia de la masa de material que entra en su composición; generalmente se halla desnuda o casi desnuda; el escultor se ve obligado a dar al tronco y a los miembros una importancia igual a la que tiene la cabeza y de ser tan entusiasta de la vida física como de la espiritual.

La única civilización que ha satisfecho ambas condiciones ha sido la civilización griega. En esta etapa de la cultura el cuerpo interesa extraordinariamente; el alma no lo ha dominado todavía, relegándole al último término: es algo que tiene valor por sí mismo. El espectador concede igual valor a las diferentes partes, sean nobles o no lo sean; al pecho que respira con amplitud, al cuello sólido y flexible, a los músculos que aparecen abultados o deprimidos en torno del espinazo; a los brazos que lanzaron el disco, a las piernas y los pies, cuyo impulso enérgico empujará el hombre entero hacia adelante en la carrera o en el salto. Un adolescente, en un pasaje de Platón, reprocha a su rival el tener el cuerpo rígido y el cuello flaco. Aristófanes promete al joven que siga sus buenos consejos una salud floreciente y la belleza gim-

nástica. “Siempre tendrás el pecho alto, la piel blanca, los hombros anchos, las piernas fuertes... Vivirás hermoso y florido en las palestras; irás a la Academia para pasear a la sombra de los olivos sagrados, ceñida tu frente con una corona de juncos en flor, con un discreto amigo de tu edad, caminando a tu gusto, perfumado con el aroma de las enredaderas y del álamo en brotes, gozando de la hermosa primavera, cuando el plátano murmura junto al olmo.” Estos son los placeres y las alabanzas de un caballo de pura raza, y Platón en algún lugar compara a los jóvenes con hermosos corceles consagrados a los dioses y que corren libremente por las praderas para ver si su instinto les lleva a buscar la virtud y la sabiduría. Hombres de este tipo no tienen necesidad de estudios para apreciar con gusto inteligente un cuerpo como el Teseo del Partenón o el Aquiles del Louvre; con qué ágil firmeza se apoya el tronco en las caderas, el enlace flexible de los miembros, la limpia curva del talón, la red de músculos movibles que se deslizan bajo la piel tersa y reluciente. Pueden apreciar la belleza de todos estos pormenores como un *gentleman* cazador de Inglaterra sabe distinguir la raza, la estructura y las cualidades de los perros y caballos que cría.

No se asustan ante el desnudo. El pudor aún no se había convertido en gazmoñería; para un griego, el alma no reside en una sublime altura, en un trono aislado, para degradar y relegar a la obscuridad los órganos que sirven a fines menos nobles; no se ruborizan ante ellos y no los ocultan; no despiertan ni vergüenza ni sonrisas. Sus nombres no son ni groseros, ni picarescos, ni científicos; Homero los pronuncia con la misma naturalidad que los de cualquier otra parte del cuerpo. Las ideas que evocan en Aristófanes son de franca alegría, sin llegar a ser repugnantes como en Rabelais. No forman parte estas expresiones de una literatura secreta ante la cual las gentes austeras se cubren el rostro y los espíritus delicados se tapan la nariz. Aparecen veinte veces en una escena, en pleno teatro, en las fiestas de los dioses, ante los magistrados, con el falo que llevan las jóvenes, al cual se invoca como

a un dios. Todas las grandes fuerzas naturales son divinas en Grecia, y todavía no se ha establecido en el hombre el divorcio entre el animal y el espíritu.

He aquí el cuerpo vivo, íntegro y sin velos, admirado, glorificado, ostentado sin escándalo, ante las miradas de todos, encima de un pedestal. ¿Qué hará y qué pensamiento comunicará la estatua, por simpatía, a los espectadores? Un pensamiento que para nosotros es casi nulo, porque es de otra edad y pertenece a otro momento del espíritu humano. La cabeza no significa mucho; no contiene, como las nuestras, todo un mundo de ideas tenuemente matizadas, de pasiones en desorden, de sentimientos complejos; el rostro no aparece con facciones demacradas, finas, atormentadas; apenas tiene indicados los rasgos principales; casi carece de expresión; por lo general siempre está inmóvil. Precisamente por esto conviene a la estatuaria; tal como nosotros lo vemos y lo representamos actualmente, tendría una excesiva importancia y quedaría muerto el resto de la estatua; dejaríamos de contemplar el tronco y los miembros, o tendríamos la tentación de ponerles un vestido. Por el contrario, en la estatua griega la cabeza no despierta mayor interés que los miembros o el tronco; sus líneas y planos no son sino la continuación de otros planos y otras líneas; la fisonomía no aparece pensativa, sino tranquila, casi borrosa; no pueden descubrirse a través de ella ni costumbres, ni aspiraciones, ni ambición alguna que exceda a la vida corporal y presente; la actitud de conjunto y la acción total actúan en el mismo sentido. Si el personaje se mueve enérgicamente, con algún propósito, como el *Discóbolo* de Roma, el *Combatiente* del Louvre o el *Fauno danzante* de Pompeya, el resultado que se propone, enteramente físico, absorbe todas las ideas y emociones que es capaz de sentir; lanzar bien el disco, parar o asestar el golpe con destreza, que la danza sea viva y rítmica, le satisface plenamente; su alma no pone el blanco más allá. Por lo común la actitud es tranquila; no hace nada y no dice nada; no está atento, concentrado por entero en una mirada profunda o anhelante; reposa, descansa sin

fatiga, unas veces de pie, apoyando más su peso en un pie que en otro, en ocasiones medio vuelto, ya medio tendido, ya acaba de correr como la joven Lacedemonia, ya sostiene una corona como Flora; casi siempre su acción es indiferente; la idea que le ocupa es tan indeterminada a nuestros ojos y tan remota, que todavía en la actualidad, después de diez hipótesis distintas, no se ha podido decir con certeza la actitud de la Venus de Milo. Vive, esto le basta, y satisface al espectador antiguo. Los contemporáneos de Pericles y de Platón no necesitaban efectos rebuscados o fuertes que aguzasen la atención disipada o conmoviesen la inquieta sensibilidad. Un cuerpo sano y florido, capaz de todas las acciones viriles y gimnásticas; un hombre o una mujer de raza noble y de hermosa presencia; una figura llena de serenidad a plena luz; una armonía sencilla y natural de líneas felizmente ligadas; no necesitan espectáculo de más intensidad. Quieren ver el hombre, proporcionado a sus órganos y condición, dotado de toda la perfección que puede tener dentro de esos límites, pero sin apetecer nada que exceda de este ideal; lo demás les hubiera parecido extravagancia, deformidad o locura. Tal es el recinto dentro del cual la sencillez de su cultura les ha colocado y del que hemos huido nosotros, empujados por la complejidad de la nuestra. Acertaron a encontrar allí un arte apropiado: la estatuaria. Nosotros, en cambio, lo hemos dejado muy lejos, y si queremos hallar modelos de escultura, tenemos que volver nuestras miradas al arte, griego.

CAPITULO III

Las instituciones.

Si alguna vez la relación entre el arte y la vida se ha manifestado con caracteres visibles ha sido, sin duda, en la historia de la estatuaria griega. Para lograr hacer el hombre de mármol o de bronce han formado antes al hombre vivo, y la escultura del mejor tiempo se desenvuelve en Grecia al mismo tiempo que la institución encargada de dar al cuerpo toda la perfección posible. Ambas caminan juntas, como los Dioscuros, y, por una admirable coincidencia, el crepúsculo indeciso de la historia lejana se ilumina a la vez con estos dos nacientes resplandores.

Aparecen ambas en la primera mitad del siglo VII. En este instante el arte descubre técnicas de gran importancia. Hacia 689, Butades de Sicione tiene el acierto de modelar y cocer en el horno figuras de barro, lo que le lleva a adornar con máscaras el caballete de las techumbres. En la misma época, Roikos y Teodoro de Samos hallan la manera de colar el bronce en un molde. Hacia 650, Melao de Chío hace las primeras estatuas de mármol, y de olimpiada en olimpiada, durante el final del siglo y todo el siglo siguiente, vese la estatua que poco a poco va perdiendo tosquedad, hasta que aparece acabada y perfecta, después de las gloriosas *guerras médicas*. Y esto sucede porque al mismo tiempo la orquímica y la gimnástica se convierten en instituciones regulares y completas. Ha terminado un mundo, el de Homero y la epopeya, y empieza otro, el de Archiloque, Calinos, Terpandro, Olimpos y la poesía lírica. Entre Homero o sus continuadores, que son del siglo IX y el VIII, y los inventores de la nueva música y los metros nuevos, que son del siglo siguiente, se ha realizado una vasta transformación en la sociedad y las costumbres. El horizonte humano se ha ensanchado, y crece de día, en día; ha sido explorado el

Mediterráneo enteramente; Egipto y Sicilia son conocidos países acerca de los cuales Homero no sabía sino consejas. En 632 los samios navegan por primera vez hasta Tartessos, y con el diezmo de sus ganancias consagran a su diosa Hera una crátera de bronce, adornada con grifos y sostenida por tres figuras arrodilladas de once codos de altura. Las colonias, que van multiplicándose, pueblan y explotan las costas de la Magna Grecia, de Sicilia, del Asia Menor, del Ponto Euxino. Todas las industrias se perfeccionan; las barcas con cincuenta remos de los poemas se convierten en naves con doscientos remeros. Un hombre de Chío inventa el modo de ablandar, endurecer y soldar el hierro. El templo dórico se levanta; se conocen la moneda, las cifras, la escritura, ignoradas para Homero. Cambia la táctica de combate: se pelea, a pie y en filas, en lugar de luchar desde los carros y sin disciplina. La sociedad humana, tan laxa en la *Ilíada* y la *Odisea*, aprieta sus mallas. En lugar de Itaca, donde cada familia vive aislada bajo la guardia de su jefe independiente, donde no existen poderes públicos, donde pueden pasarse veinte años sin convocar la asamblea, se establecen las ciudades amuralladas y defendidas, dotadas de magistrados, sujetas a una policía; ciudades que se convierten luego en repúblicas de ciudadanos iguales, gobernados por magistrados que los mismos ciudadanos eligen.

Al mismo tiempo, y de rechazo, la cultura del espíritu se diversifica, se propaga y se renueva.

Todavía, sin duda, es aun enteramente poética, puesto que la prosa no se escribe hasta más adelante; pero la monótona melopeya que acompañaba al hexámetro épico cede el lugar a multitud de cantos variados y metros diferentes. El pentámetro se une al hexámetro; se inventa los versos troqueos, yambos y anapestos; se combinan los pies nuevos con los antiguos, formando dísticos, estrofas y toda suerte de medidas. La cítara, que sólo tenía cuatro cuerdas, llega a tener siete; Terpandro fija sus modos y da los *nomos* de la música. Olimpos, y más tarde Taletas, acaban de adoptar los ritmos de la cítara, de la

flauta y de las voces a los matices de la poesía que acompañan. Tratemos de representarnos este mundo tan remoto, cuyos restos casi han desaparecido por completo; no existe nada más distinto de nuestro ambiente, y es necesario un gran esfuerzo de imaginación para poder comprenderlo; pero esa sociedad tan lejana es el primitivo y duradero molde en que se ha fundido el mundo griego.

Cuando queremos representarnos una poesía lírica pensamos en las odas de Víctor Hugo o en las estancias de Lamartine; esto se lee con la mirada, o a lo más se recita a media voz, al lado de un amigo, en el silencio de una habitación recogida; nuestra civilización ha hecho de la poesía la confidencia de un alma que habla a otra. La poesía de los griegos no sólo se decía en alta voz, sino que era declamada, cantada a los acordes de los instrumentos, y aun se llegaba a más, puesto que se unía a la acción, acompañada de gestos y ademanes y en ocasiones de danza. Tratemos de evocar a Delsarte o Mme. Viardot cantando un *recitado de Efigenia* o de *Orfeo*; a Rouget de l'Isle o Mlle. Rachel declamando la Marsellesa; un coro del *Alceste*, de Gluck, tal como lo vemos en el teatro, con un corifeo, una orquesta, grupos que se entrecruzan y se alejan ante la escalinata del tempo, no como en nuestros teatros, a la luz de las candilejas y con las decoraciones pintadas, sino en la plaza pública, iluminados por el verdadero sol; así tendremos la idea menos inexacta de aquellas fiestas y costumbres. El hombre entero, en cuerpo y alma, tomaba parte en ellas, y los versos que han llegado hasta nosotros son como las hojas sueltas de un libreto de ópera.

En una aldea de la isla de Córcega la “voceratrice” en los funerales improvisa y declama cantos de venganza ante el cuerpo de un hombre asesinado, o cantos de dolor ante el féretro de una joven muerta en edad temprana. En las montañas de Calabria o de Sicilia, los días de baile las mozas representan con sus gestos y actitudes pequeños dramas o escenas de amor. Pensemos en un clima semejante, bajo un cielo aún más hermoso, en ciudades pequeñas, donde todos, se

conocen entre sí; hombres tan imaginativos y gesticulantes, tan rápidos en la emoción y en la manera de expresarla; con un alma aún más viva y más joven, con un espíritu de más inventiva, más ingenioso, más inclinado a embellecer todas las acciones y momentos de la vida humana. Esa pantomima musical, que ya no encontramos mas que en fragmentos aislados y rincones perdidos, se desarrolla, se multiplica en cien temas diferentes y da materia para una literatura completa. No habrá sentimiento que no sepa expresar, no habrá escena pública o privada que no venga a ennoblecer, no habrá situación o propósito que no acierte a exteriorizar. Será así, pues, la lengua, espontánea, tan usada y extendida como nuestra prosa escrita o impresa: ésta no es sino una notación seca, por medio de la cual una pura inteligencia se comunica con otra pura inteligencia; comparada con el primer lenguaje, plenamente imitativo y corpóreo, no es mas que una fórmula de álgebra o un muerto detrito.

El acento de la lengua francesa es uniforme: no tiene canto; las sílabas largas y breves se diferencian escasamente. Es necesario haber oído una lengua musical, la melopeya continuada de una hermosa voz italiana que recita una estancia del Tasso, para comprender lo que puede añadir la sensación auditiva a las emociones del alma, como el sonido y el ritmo extienden su ascendiente a todo nuestro ser y conmueve a un tiempo nuestros nervios todos. Tal era esa lengua griega de la cual no conocemos mas que el esqueleto. Se ve, por los comentaristas y escoliastas, que el sonido y la medida tenían una parte tan importante como la imagen y la idea. El poeta que inventaba una forma métrica nueva inventaba una clase de sensación. Un determinado conjunto de vocales breves y largas era un *allegro*; otro, un *largo*; otro, un *scherzo*; imprimiendo, no sólo en el pensamiento, sino en el ademán y en la música, sus inflexiones y su carácter. De esta manera la edad que levantó la vasta construcción de la poesía lírica produjo al propio tiempo la construcción no menos amplia de la orquímica. Se conocen los nombres de doscientas danzas griegas. En Atenas los jó-

venes hasta los diez y seis años no tenían más educación que la orquímica.

«En aquellos tiempos- dice Aristófanes- los jóvenes de un mismo barrio, cuando iban a casa del maestro de cítara, caminaban juntos por las calles y descalzos y en buen orden, aunque cayese la nieve como la harina del tamiz. Allí se sentaban sin cruzar las piernas y les enseñaban el himno “Palas temible, destructora de ciudades” o “Un grito que se oye a lo lejos”, y se ejercitaban sus voces con la ruda y varonil armonía transmitidas de padres a hijos.» Un joven de una de las familias más ilustres, Hipócleses, habiendo venido a Sicione para visitar a Clístenes el tirano, mostrada su maestría en todos los ejercicios corporales, quiso la noche del festín hacer gala de su esmerada educación. Ordenó a la flautista que tocase la *Emmelia* y danzó con gran perfección; un instante después, haciéndose traer una mesa, subió sobre ella y bailó figuras diversas de la orquímica lacedemonia y ateniense. Preparados de esta manera, eran a un tiempo «cantores y bailarines» y se proporcionaban a sí mismos, con sus propias personas, los nobles espectáculos pintorescos y poéticos para los cuales más tarde pagaron figurantes. En los banquetes de las sociedades de amigos, después de la comida se hacían libaciones y cantaban el paeon en honor de Apolo; después venía la verdadera fiesta, la declamación expresiva, los recitados a los acordes de la cítara o de la flauta; un solo, seguido de estribillo, que más tarde es la canción de Harmodio y Aristogiton; un dúo con canto y danza, como más adelante, en el *banquete* de Jenofonte, fue el encuentro de Baco y Ariana. Cuando un ciudadano llegaba a ejercer la tiranía y quería gozar de la existencia, ampliaba y establecía perpetuamente en torno suyo fiestas como la que hemos enumerado. Polícrates en Samos tenía dos poetas, Ibicos y Anacreonte, para ordenar las fiestas y hacer la música y los versos. Los jóvenes que representaban estas poesías eran los más hermosos que podían hallarse: Batilo, que tocaba la flauta y cantaba a estilo jónico; Cleóbulo, con hermosos ojos de virgen; Simalos, que en el coro manejaba la pectis;

Esmerdis, con abundante y rizada cabellera, que había sido traído desde el país de los tracios. Era una ópera pequeña y a domicilio. Todos los poetas líricos de este tiempo son también maestros de coros; su casa es una especie de Conservatorio, «la Morada de las Musas». Había muchas de este tipo en Lesbos, además de la de Safo; las dirigían mujeres; tenían discípulas que venían de las islas o de las costas vecinas, de Mileto, Colofón, Salamina, Panfilia; allí se aprendía, durante largos años, a recitar y el arte de las bellas actitudes; se burlaban de las ignorantes, «las muchachas campesinas que no sabían levantar la túnica por cima del tobillo»; de allí salían los corifeos y se preparaban los coros para las lamentaciones de los funerales o la pompa de las bodas. De tal suerte la vida privada en toda su integridad, con sus ceremonias y con sus festejos, contribuía a convertir a los hombres- en la acepción más noble de la palabra y con una dignidad perfecta- en lo que hoy llamamos un cantor, un figurante, un actor y un modelo.

La vida pública colaboraba al mismo resultado. En Grecia la orquímica interviene en la religión y en la política; durante la guerra y durante la paz, para honrar a los muertos y celebrar a los vencedores. En la fiesta jónica de los Targelias, Mimnermos, el poeta, y Nanno, su amante, guiaban el cortejo tocando la flauta. Calinos, Alceo, Teognis exhortaban a sus conciudadanos o a su partido con versos que ellos mismos cantaban. Cuando los atenienses, varias veces vencidos, decretaron la muerte para quien hablase de reconquistar Salamina, Sólon, vestido de heraldo, tocado con el sombrero de Hermes, apareció súbitamente en la asamblea, subió a la piedra donde se colocaban los heraldos y recitó con tanta fuerza una elegía, que la juventud partió al instante «para libertar la encantadora isla y apartar de Atenas el opróbio y la deshonra». En campaña, los espartanos recitaban cantos, sentados bajo las tiendas. Por la noche, después de la comida, se levantaban sucesivamente para decir y representar una elegía, y el polemenco daba como premio al mejor cantor un gran trozo de carne. Ciertamente era hermoso espectáculo cuando aquellos apuestos mancebos,

los más fuertes y bellos de toda Grecia, con sus largos cabellos cuidadosamente recogidos en lo alto de la cabeza, la roja túnica, los anchos y brillantes escudos, los ademanes de héroes y atletas, entonaban rítmicamente versos como éstos:

“Luchemos con valor por esta tierra que es nuestro suelo- y sepamos morir por nuestros hijos sin escatimar las vidas.- Y vosotros, mancebos, combatid con firmeza unos al lado de los otros;- que ninguno dé ejemplo de huída vergonzosa ni de temor;- antes bien, haced que un corazón grande y valeroso aliente en vuestro pecho...- Por los ancianos, por los viejos de tardas rodillas,- no les abandonéis, no huáis;- porque es una ignominia ver caer en primera fila, delante de los mozos,- un hombre viejo, con la cabeza y la barba blanca;- es vergonzoso verlo cómo yace exhalando en el polvo su alma valerosa,- oprimiendo con las manos la roja herida de su cuerpo desnudo.- Por el contrario, todo es gloria para los jóvenes- cuando están en la flor rozagante de la adolescencia.- Admirados por los hombres, amados de las mujeres,- son hermosos al caer en las primeras filas...- Lo que causa horror es ver a un hombre tendido en el polvo,- herido por detrás, con la espalda atravesada por la punta de una lanza.- Que cada hombre, después del ímpetu primero, se mantenga firme,- clavado en el suelo con sus plantas- mordiéndose los labios con los dientes;- con los muslos, las piernas, los hombros y, más abajo, desde el pecho hasta el vientre, todo el cuerpo- cubierto por su ancho escudo;- que luche pie contra pie, escudo contra escudo- casco contra casco, penacho contra penacho- pecho contra pecho; bien cerca- y que, tan cerca como pueda, cuerpo a cuerpo, hiriendo con su larga pica o con la espada, atraviese y mate a un enemigo.”

Había cantos parecidos para todas las circunstancias de la vida militar; entre otros, versos anapestos para ir al combate al son de las flautas. Nosotros hemos visto también un espectáculo semejante durante el primer entusiasmo de la Revolución, el día en que Dumouriez, levantando su sombrero en la punta de la espada, escaló las alturas de

Jemmapes, entonó la *Canción de la Partida*, que los soldados corearon, corriendo en pos de él. Por este gran clamor discordante podemos imaginar lo que sería un coro organizado para cantar en la batalla una antigua marcha musical. Hubo una después de la victoria de Salamina, en la cual Sófocles, que tenía entonces quince años, el adolescente más hermoso de Atenas, se desnudó, como exigían los ritos, y bailó el paeon en honor de Apolo, en medio de la pompa militar y el trofeo de la victoria.

Aún más ocasiones ofrecía el culto para el desenvolvimiento de la orquímica que la guerra y la política. Según los griegos, el espectáculo más grato a los dioses era presentarles los cuerpos hermosos y florecientes, desarrollados en todas las actitudes que muestran la fuerza y la salud. Por eso sus fiestas más sagradas eran desfiles de ópera y bailables serios. Ciudadanos escogidos, algunas veces la ciudad entera, como sucedía en Esparta, formaban coros delante de los dioses; cada ciudad importante tenía sus poetas, que componían la música y los versos, ordenaban los grupos y las evoluciones, enseñaban las actitudes, instruían detenidamente a los actores, se ocupaban de las vestiduras. Para tener una idea de estas ceremonias no existe más que un ejemplo contemporáneo: las representaciones que cada diez años se organizan en Oberammergau. (Baviera) donde desde la Edad Media todos los habitantes del lugar, quinientas o seiscientas personas, preparadas de toda la vida, representan solemnemente la Pasión de Cristo. En estas fiestas, Alcman y Stesichoro eran a la vez poetas, maestros de baile, algunas veces oficiantes, primeros corifeos de los grandes conjuntos en que los coros de mancebos y doncellas representaban en público la leyenda heroica o divina. Uno de aquellos bailes sagrados, el ditirambo, se convirtió más tarde en la tragedia griega. Esta fue en un principio nada más que una fiesta religiosa, reducida y perfeccionada al mismo tiempo, transportada de la plaza pública al recinto limitado de un teatro; una sucesión de coros interrumpidos por la declamación y la melopeya de un personaje principal, análogo a un

Evangelio de Sebastián Bach, a las *Siete Palabras*, de Haydn, a un oratorio, a una misa de la Capilla Sixtina, en la cual los mismos personajes cantasen la misma partitura y representasen los grupos.

Entre todas estas diversas formas de poesía, las más populares y adecuadas para darnos a entender estas remotas costumbres son los cánticos que encomian a los vencedores en los cuatro grandes juegos. De toda Grecia, de Sicilia y de las islas era solicitado para escribirlos Píndaro, el cual iba en persona o enviaba a su amigo Estinfalión Eneas para enseñar al coro la danza, la música y los versos de su canto. La fiesta comenzaba por una procesión y un sacrificio; luego, los amigos del atleta, sus padres, los notables de la ciudad se sentaban para celebrar un banquete. Algunas veces los cánticos eran interpretados durante la procesión y el cortejo se detenía para recitar el epodo; otras veces el lugar elegido era la gran sala, donde se congregaban después del festín, adornada con lanzas, espadas y corazas. Los actores eran compañeros del atleta y representaban su papel con ese brío meridional que se encuentra en Italia en la *Commedia dell'arte*. Pero no se trataba allí de una comedia; su papel era de mucha gravedad, o por mejor decir, no era papel alguno; experimentaban el placer más profundo y noble que pueden sentir los hombres: verse gloriosos y bellos, elevados por encima de la vida vulgar, arrebatados hasta las alturas y resplandores del Olimpo por el recuerdo de los héroes nacionales, por la invocación de los grandes dioses, por la conmemoración de los antepasados, por el elogio de la patria. Porque la victoria del atleta era un triunfo público y los versos del artista asociaban a esa gloria la ciudad y sus divinos protectores. Rodeados de aquellas grandes imágenes, exaltados por sus propios hechos, llegaban a ese estado de extrema emoción que llamaron entusiasmo, indicando con esta palabra que estaban poseídos por el dios. Y así era en realidad; el dios se une al hombre y entra en él, cuando el hombre siente acrecentarse su fuerza y su nobleza fuera de toda medida, más allá de todos los lími-

tes, por efecto de la energía armónica y el júbilo comunicativo de todo el grupo que interviene en la acción.

No comprendemos en la actualidad la poesía de Píndaro; es demasiado limitada y localista en exceso; se halla plagada de alusiones, de incongruencias, hecha muy a propósito para los atletas griegos del siglo VI. Los versos que han llegado hasta nosotros no son mas que un fragmento; el acento, la mímica, el canto, el sonido de los instrumentos, la escena, la danza, el cortejo, numerosos accesorios de igual importancia han desaparecido. Apenas podemos, con extrema dificultad, figurarnos cómo son los espíritus enteramente intactos, que aun no han leído, que no tienen ideas abstractas, en los cuales todo pensamiento es una imagen, toda palabra despierta formas coloreadas, recuerdos del estadio y del gimnasio, templos, paisajes, costas del mar resplandeciente, un pueblo de figuras llenas de vida, divinas como en los tiempos de Homero, o acaso más que entonces. Y sin embargo, de tanto en tanto escuchamos el acento de sus voces vibrantes; vemos, como en un relámpago, la actitud grandiosa del mancebo ceñido de la corona que se destaca del coro para pronunciar las palabras de Jasón o el voto de Hércules; adivinamos el ademán sobrio, los brazos extendidos, los poderosos músculos que levantan su pecho; encontramos de vez en cuando un jirón de la púrpura poética, tan vivo como una pintura acabada de desenterrar en Pompeya.

Otras veces es el corifeo que se adelanta y exclama: «Como el padre que cogiendo con mano liberal la copa de oro macizo, joya de su tesoro y ornato de sus festines, la ofrece, llena del espumeante rocío de la viña, al joven esposo de su hija, así yo envío a los atletas coronados un néctar líquido, este don de las musas, y con los frutos perfumados de mi mente alegre a los vencedores de Olimpia y de Pyto.»

Otras veces el coro entero, más tarde los semicoros alternados, desarrollan en *crescendo* las magníficas sonoridades de la oda resonante y triunfal. «En la tierra y en el indomable Océano, los seres desdeñados de Júpiter aborrecen la voz de los Piéridas. Así sucede con el

enemigo de los dioses, Tifón, el monstruo de las cien cabezas que yace en el espantoso Tártaro. Sicilia oprime su velludo pecho; una columna que sube hasta el cielo- el nevado Etna, eterno asilo de los helados cierzos contiene sus furores... y desde lo más profundo vomita ríos resplandecientes de fuego, al cual ningún ser puede acercarse. En las horas del día los arroyos, levantan una nube de humareda rojiza; durante la noche, los torbellinos de llamas violentas lanzas con estrépito trozos de roca al profundo mar... Asombra contemplar al prodigioso reptil, sujeto como se halla bajo las altas cimas, oculto bajo los oscuros bosques del Etna, sepultado en la llanura, enrojeciendo atado a las cadenas que señalan y aguijonean su espalda humillada.»

El fluir de las imágenes va en aumento, interrumpido a cada paso por arranques imprevistos, repeticiones y arrebatos de cuya temeridad y grandeza no puede hacerse traducción alguna. Claro es que esos griegos tan sobrios y lúcidos en la prosa están embriagados, fuera de sí mismos, por la inspiración y la locura lírica. Son estos excesos cosa desproporcionada para nuestros órganos gastados y nuestra civilización reflexiva; sin embargo, adivinamos lo bastante para comprender todo lo que una cultura como ésta puede proporcionar a las artes que tienen por objeto la representación del cuerpo humano. Forma primero al hombre por el coro; le enseña las actitudes, los ademanes, la acción escultórica; le coloca, en un conjunto que es como un bajorrelieve en movimiento; se consagra intensamente a lograr que sea un actor espontáneo que representa con brío y por gusto, que se ofrece en espectáculo a sí mismo; que lleva la altivez, la seriedad, la soltura, el decoro lleno de sencillez del ciudadano a las evoluciones del figurante y a la mímica del bailarín. La orquímica ha dado a la escultura las actitudes, los movimientos, los pliegues de las telas, las agrupaciones: el friso del Partenón tiene por asunto el desfile de las Panateneas y la danza pírrica ha sugerido las esculturas de Phigalie y de Budrun.

II

Existía en Grecia, junto a la orquímica, una institución de carácter aún más nacional y que formaba la segunda parte de la educación: la gimnástica. En Homero aparece ya cuando nos cuenta cómo luchan los héroes, cómo lanzan el disco y corren a pie o en los carros; aquel que no es diestro en los ejercicios corporales pasa por un «mercader», un hombre de baja condición, «que en una nave de carga no tiene más cuidado que la ganancia y las provisiones». Pero esa institución aun no está organizada, no es tan pura y completa como aparece más tarde. Los juegos no se celebran ni en sitio ni en época determinada, sino que tienen lugar ocasionalmente, por la muerte de un héroe, para honrar a un extranjero numerosos ejercicios, propios para aumentar la agilidad y el vigor, son todavía desconocidos; y como compensación, de esta falta, empleaban los ejercicios de las armas, el duelo, que llegaba hasta la sangre; el manejo del arco, el lanzamiento de la pica. Sólo en el período inmediato se desenvuelve la gimnástica; juntamente con la orquímica y la poesía lírica, toma normas fijas y adquiere la importancia final que ya conocemos. La iniciación corresponde a los dorios, pueblo que aparece descendiendo de las montañas; gentes de pura raza griega que invaden el Peloponeso, y, como los francos en la Galia, traen consigo e imponen su táctica, su ascendiente, renovando con su vigorosa savia el espíritu nacional. Eran hombres enérgicos, rudos, muy semejantes a los suizos de la Edad Media; menos vivos y vibrantes que los jonios; apegados a la tradición, con un gran sentimiento de respeto, instinto de disciplina, de alma elevada, varonil y serena, que habían marcado con su sello peculiar la gravedad austera de su culto y el carácter heroico y moral de sus dioses. El grupo más importante, el de los espartanos, se estableció en Laconia, en unión de los antiguos habitantes, a los que explotaron y redujeron a la esclavitud; nueve mil familias de amos orgullosos e inflexibles, que vivían en una ciudad sin murallas, para mantener en la obediencia a ciento

veinte mil labradores y doscientos mil esclavos: era un verdadero ejército acampado indefinidamente en medio de enemigos diez veces más numerosos.

De esta condición dependen todas las demás. Poco a poco el régimen impuesto por los hechos se fue consolidando, y hacia la época del restablecimiento de los Juegos Olímpicos tenía ya su estructura completa. Ante la idea del bien público, los intereses y caprichos individuales se desvanecen. La disciplina es como la de un regimiento amenazado por un constante peligro. Sobre el espartano pesa la prohibición absoluta de comerciar, de ejercer una industria, de enajenar su lote de tierra, de aumentar el producto de ella; no ha de pensar más que en ser soldado. Si va de viaje puede utilizar el caballo, el esclavo, las provisiones de su vecino; entre camaradas, tales favores constituyen un derecho, y la propiedad de cada cual no está muy bien deslindada. El recién nacido ha de ser presentado ante un Consejo de ancianos y debe recibir la muerte si es muy débil o deforme; en un ejército no se admiten más que hombres útiles, y en este país todos son reclutas desde la cuna. El anciano incapaz de tener descendencia elige por sí mismo un hombre joven, que establece en su propia casa, porque cada casa ha de proporcionar algún soldado. Los hombres en plena edad viril, como testimonio de amistad, se prestan entre sí sus mujeres; en un campamento no existen grandes escrúpulos en asuntos de familia, y con frecuencia hay muchas cosas que son de todos. Comen en común, por escuadras, en una organización que tiene sus reglamentos, y cada cual satisface su parte en especie o en dinero. El ejercicio militar es ante todo; parecería deshonoroso entretenerse en la casa; la vida del cuartel es antes que la vida del hogar. El joven recién casado va siempre a escondidas a reunirse con su esposa, y pasa el día, como antes de sus bodas, en el campo de ejercicio y en la plaza de armas. Por la misma razón, los niños son hijos de la tropa, criados en común y agrupados por compañías desde los siete años. En relación con los muchachos, todos los hombres maduros son ancianos, oficiales

que pueden castigarlos sin que el padre se oponga a ello. Descalzos, envueltos en un manto, lo mismo en invierno que en verano, van por la calle silenciosos, con los ojos bajos, como jóvenes reclutas que han de ceñir las armas. El traje es uniforme, y el porte, lo mismo que el paso, están determinados. Duermen en un montón de cañas; se bañan cada día en el agua fría del Eurotas; comen poco y de prisa; viven peor en la ciudad que en el campamento, porque un futuro soldado debe endurecerse. Están divididos en pelotones de ciento, mandados por un jefe de poca edad, y luchan con puños y pies: es el aprendizaje para la guerra. Si quieren añadir algo a su escasa comida han de robarlo en las casas o en las granjas; un soldado debe saber buscarse la vida merodeando. De tarde en tarde les ponen de emboscada en un camino y matan por la noche a los ilotas que vuelven retrasados; es bueno haber visto la sangre y acostumbrar el brazo antes de ir al combate.

Las artes que poseen son aquellas que convienen a un ejército. Habían traído, al establecerse en el Peloponeso, un género de música peculiar, el modo dórico, acaso el único de origen griego. Su carácter grave, viril, elevado, sencillo y casi áspero es el más adecuado para inspirar la paciencia y la energía. No queda entregado a la fantasía de cada cual; la ley prohíbe que se introduzcan las variaciones, suavidades y delicadezas de los cantos extranjeros; la música dórica es una institución moral y pública; como los tambores y trompetas de nuestros regimientos, guía las marchas y las paradas; hay flautistas que lo son de un modo hereditario, parecidos en esto a los que tocan la gaita en los clanes escoceses. La misma danza se considera como un ejercicio o un desfile. Los niños, desde los cinco años, aprenden en la danza pírrica- pantomima de combatientes armados que imitan los movimientos de la defensa y del ataque- todas las actitudes y ademanes de herir, parar, retro ceder, saltar, encorvarse, disparar con el arco, lanzar la jabalina. Había otra danza, llamada *anapala*, en la cual los muchachos simulan la lucha y el pancracio. Otras eran propias para los jóvenes, habiéndola también para las muchachas con saltos violentos, co-

mo de ciervas, veloces carreras en las que «como potros, con los cabellos flotantes, levantan remolinos de polvo». Pero las principales son las gimnopedias, grandes revistas en las que figura la nación entera, distribuida en coros. El de los ancianos cantaba: «Antes fuimos jóvenes llenos de vigor»; los hombres maduros respondían: “Así somos ahora nosotros; venid a probarlo si lo deseáis”; y los muchachos terminaban: «Nosotros seremos pronto más valerosos aún.» Todos habían aprendido y repetido el paso, las evoluciones, el tono, la acción desde la infancia; en ningún otro país la poesía coral formaba conjuntos más amplios y mejor ordenados. Si en la actualidad quisiéramos presenciar un espectáculo que se parezca, aunque remotamente, a los que hemos relatado, Saint Cyr, con sus paradas y sus ejercicios, y todavía con más aproximación la Escuela Militar de gimnasia, donde los soldados aprenden a cantar en coro, podrían servirnos de ejemplo.

No es extraño, pues, que una ciudad como ésta organizase y completase la gimnástica. Bajo pena de muerte era necesario que un espartano valiese por diez ilotas; como era hoplita, infante y combatía cuerpo a cuerpo, la mejor educación era la que formaba el gladiador más ágil y más robusto. Para conseguirlo se preocupaban de ello desde antes del nacimiento y, en oposición a los demás griegos, preparaban, no sólo al hombre, sino a la mujer, para que el hijo, heredero de la sangre de ambos, recibiese, tanto de la madre como del padre, el vigor y la valentía. Las jóvenes, como los muchachos, tenían gimnasios y se ejercitaban como los jóvenes, ya desnudas completamente, ya con una túnica corta, en los ejercicios de la carrera, el salto, el lanzamiento del disco y la jabalina; formaban también coros, y figuraban, como los hombres, en las gimnopedias. Aristófanes admira, con un dejo de ironía ateniense, sus frescos colores, su salud floreciente, su vigor un poco brutal. Además, la ley fijaba la edad del matrimonio y las circunstancias más favorables para la buena generación. Es muy probable que de tales padres nazcan hijos hermosos y fuertes; es el mismo

sistema que se emplea en la cría de potros, y se lleva hasta el extremo de deshacerse de los productos que no son aceptables.

Cuando el niño empieza a andar, no solamente se trata de endurcerle y acostumbrarle a los ejercicios, sino que además se proponen hacerle flexible y fuerte metódicamente. Jenofonte dice que los espartanos son los únicos entre los griegos que ejercitan por igual todos los miembros y partes del cuerpo, el cuello, los brazos, los hombros, las piernas; y no sólo durante la adolescencia, sino en el transcurso de la vida entera; en el campamento se hacen ejercicios físicos dos veces cada día. El efecto de tal disciplina se hizo muy pronto visible. “Los espartanos- dice Jenofonte- son los más sanos de todos los griegos, y entre ellos se encuentran los hombres y mujeres más hermosos de Grecia.” Dominaron a los mesenios, que combatían con el desorden y la impetuosidad de los tiempos homéricos; convirtiéronse en los árbitros de Grecia, y en el momento de las *guerras médicas* su ascendiente estaba establecido de tal manera, que no sólo en tierra, sino hasta en el mar, aunque apenas tenían naves, todos los griegos, incluso los atenienses, los admitían como generales sin la menor protesta.

Cuando un pueblo llega a ser el primero en la política y en la guerra, los que viven cerca de él imitan más o menos las instituciones que les han conquistado la supremacía. Poco a poco los griegos toman de los espartanos, y en general de los dorios, rasgos característicos de sus costumbres, de su régimen y de su arte: la armonía dórica, la elevada poesía coral, varias figuras de las danzas, el estilo arquitectónico, la vestidura más sencilla y varonil, la ordenanza militar más fuerte, la desnudez completa del atleta, la gimnástica elevada a sistema. Muchos términos del arte militar, de música y de palestra son de origen dórico o pertenecen a su dialecto. Ya en el siglo IX se había manifestado la reciente importancia de la gimnástica por la restauración de los juegos, antes interrumpidos, y una porción de hechos muestra que de año en año crecía su popularidad. En 776 los Juegos de Olimpia sirven para marcar el punto de partida de donde arranca la cadena

de los años. Durante los dos siglos que siguen se instituyen los de Pyto, del Istino y de Nemea. Redúcense primero a la carrera en el estadio sencillo; después se añade sucesivamente la carrera en doble estadio, la lucha, el pugilato, las carreras de carros, el pancracio, la carrera a caballo; más tarde, para los niños, la carrera, el pugilato y otros varios juegos, hasta el número de veinticuatro ejercicios. Las costumbres lacedemonias prevalecen frente a las tradiciones homéricas; el vencedor ya no recibe un objeto precioso, sino una sencilla corona de follaje; ya no conserva el antiguo cinturón, y al llegar a la olimpiada decimocuarta se desnuda completamente. Los nombres de los vencedores indican que acuden de toda Grecia, de la Magna Grecia, de las islas y colonias más remotas. Desde ahora en adelante no hay ninguna ciudad que no tenga su gimnasio, y ésta es una de las señales para reconocer las ciudades griegas. En Atenas el más antiguo data del año 700. En tiempo de Solón existían tres grandes, que eran públicos, y gran número de pequeños. Desde los diez y seis hasta los diez y ocho años el adolescente pasaba allí todo el día, como en un liceo para externos, preparado, no para la cultura del Espíritu, sino para el perfeccionamiento corporal. Parece que al llegar a esta edad se suspendía el estudio de la música y la gramática para que los jóvenes asistiesen a otras clases más especializadas y de más altura.

El gimnasio era un gran cuadrado con pórtico y avenidas de plátanos, por lo general en sitio próximo a una fuente o a un río, decorado con numerosas estatuas de dioses y atletas triunfadores. Tenía su jefe, sus instructores, sus profesores especiales, su fiesta en honor de Hermes. En el intervalo de los ejercicios los adolescentes jugaban; los ciudadanos entraban cuando les placía; numerosos asientos rodeaban el campo de carreras; allí venía la gente para pasear, para ver a los muchachos; era un lugar de conversación, donde más tarde nació la filosofía. Esta escuela, que tiene como fin un concurso de emulación, lleva a muchos excesos y hace milagros en otras ocasiones; hay allí hombres que se ejercitan durante toda su vida. El reglamento de los

juegos les obliga a jurar al descender a la arena que se han ejercitado, a lo menos durante diez meses seguidos, sin interrupción y con el cuidado más escrupuloso; pero la realidad es mucho más intensa que lo obligatorio, porque su entrenamiento dura años enteros y llega hasta la edad madura. Siguen además un régimen adecuado: comen mucho y a horas determinadas; endurecen los músculos con el uso del estri-gilo y el agua fría; se abstienen de placeres y de excitaciones; se condenan a la continencia. Muchos de los atletas renovaron las hazañas de los héroes fabulosos. Se cuenta que Milón llevaba un toro a hombros y que sujetando por la trasera un carro con sus caballos le impedía avanzar. Una inscripción colocada al pie de la estatua de Failos de Cretona dice que salvaba de un salto un espacio de cincuenta y cinco pies y lanzaba a noventa y cinco el disco de ocho libras. Entre los atletas de Píndaro los hay que son verdaderos gigantes.

Advertid que en la civilización griega esos cuerpos admirables no son una rareza, ni productos de lujo, o, como sucede en la actualidad, amapolas inútiles en un campo de trigo; hemos de compararlos, por el contrario, con las espigas más hermosas de una cosecha espléndida. El Estado los necesita; las costumbres públicas los reclamen. Los hércules que he citado antes no sirven sólo para exhibirse. Milón conduce sus conciudadanos al combate, y Failos fue el jefe de los de Cretona, que vinieron a auxiliar a los griegos contra los medos. Un general no era entonces un calculador que subido en una altura dirige la batalla con un mapa y unos gemelos, sino un hombre que con la jabalina en la mano, a la cabeza de su gente, lucha cuerpo a cuerpo como un soldado. Milcíades, Aristides, Pericles, y aun mucho después Agesilao, Pelópidas y Pirro, ponen en actividad, no sólo su inteligencia, sino sus brazos para herir, defenderse, asaltar, a pie y a caballo, en lo más fuerte de la pelea. Epaminondas, político y filósofo, habiendo sido herido mortalmente, se consuela, como el último hoplita, pensando que ha salvado su escudo. Un vencedor en el pentalto, Arato, fue el último capitán de Grecia y le valió mucho su agilidad y fuerza en los

saltos y sorpresas; Alejandro cargaba en Gránico como un húsar y saltaba el primero en la ciudad de los Oxidracos como un soldado de avanzada. Con una manera tan directa y personal de guerrear, los ciudadanos más importantes, hasta los príncipes, estaban obligados a ser buenos atletas. Pero además de las exigencias del peligro existía la permanente invitación de las fiestas; las ceremonias, lo mismo que los combates, necesitaban cuerpos diestros en los ejercicios físicos; no se podía figurar en los coros si antes no se pasaba por el gimnasio. He relatado cómo el poeta Sófocles danzó el paeán desnudo, después de la victoria de Salamina; al terminar el siglo IV subsisten todavía las mismas costumbres. Alejandro, al llegar a la Troyada, despojóse de sus ropas y corrió en honor de Aquiles, con sus compañeros, en torno de la columna que señalaba donde el héroe se hallaba sepultado. Un poco más lejos, en Faselis, como viese en la plaza pública la estatua del filósofo Teodecto, vino, después de la cena, a danzar alrededor de la estatua, arrojándole coronas.

El gimnasio era la única escuela que satisfacía estos gustos y aspiraciones, semejante a esas academias donde en los últimos siglos iba la juventud de nuestra nobleza para adiestrarse en la danza, la esgrima y la equitación. Los ciudadanos libres eran la nobleza de la antigüedad y, por tanto, no había un solo ciudadano libre que no hubiese asistido asiduamente al gimnasio. Sólo en este caso podía llamársele un hombre bien educado; de lo contrario, se le miraba como un artesano de baja extracción. Platón, Crisipo, el poeta Timocreón habían empezado por ser atletas; se dice que Pitágoras obtuvo el primer premio en el pugilato; Eurípides fue coronado como vencedor en los juegos de Eleusis. Clístenes, tirano de Sicione, habiendo recibido en su casa a los pretendientes de una hija suya les llevó a un campo de ejercicios, a fin, según dice Herodoto, de que ‘pudiesen dar muestras de su raza y de su educación.’ En efecto, el cuerpo conservaba siempre las huellas de la educación gimnástica o servil; a la primera ojeada se le distinguía en su prestancia, en su porte, en sus ademanes, en la manera de

envolverse en el manto; como antaño se diferenciaba el gentilhomme, por la soltura y nobleza que adquiriría en las academias, del patán del campo o del encogido obrero.

Aun inmóvil y desnudo atestiguaba los ejercicios con la belleza de sus líneas. La piel, tostada y endurecida por el sol, el aceite, el polvo, el estrigilo y los baños fríos, no parecía que estuviese desnuda; estaba acostumbrada al aire, y al contemplarla a la intemperie se veía muy claro que se hallaba en su elemento; seguramente no tiritaba ni se ponía amoratada, o como carne de gallina; era un tejido vigoroso, de un bello color que delataba la vida libre y varonil. Agesilao, para animar a sus hombres, hizo un día desnudar a los persas prisioneros; a la vista de aquella carne blanca y floja, los griegos rompieron a reír y marcharon adelante llenos de desdén hacia sus enemigos. Todos los músculos habían logrado fortaleza y flexibilidad; ninguno había sido echado en olvido; las diversas partes del cuerpo se equilibraban armónicamente. El antebrazo, tan flaco en la actualidad, los omoplatos salientes y poco cubiertos se habían redondeado y hacían pareja proporcionada a las caderas y a los muslos.

Los maestros, como verdaderos artistas, ejercitaban el cuerpo, no sólo para darle vigor, resistencia y agilidad, sino también la simetría y la elegancia. El *Galo moribundo*, que es de la escuela de Pérgamo, muestra, en comparación con las estatuas de los atletas, la distancia que separa un cuerpo sin cultura física de un cuerpo educado en este sentido. La cabellera, espesa como una melena de león; manos y pies de aldeano; una piel gorda; músculos sin flexibilidad; codos puntiagudos; venas hinchadas; contornos angulosos; líneas sin armonía; nada más que el cuerpo robusto de un animal salvaje. En los atletas, por el contrario, el talón, en un principio plano y sin fuerza, se circunscribe a un óvalo de gran pureza; el pie, antes ancho y claramente empareñado con el del simio, ahora es arqueado y más elástico para el salto; la rótula, las articulaciones, toda la osamenta, primero saliente y acusada, ahora apenas marcada e indicada con sobriedad; la línea de los

hombros, antes horizontal y rígida, ahora con alguna inflexión y más suave; en todas partes la armonía de las formas que continúan, fundiéndose unas en otras; la frescura y juventud de una vida fluida, tan natural y sencilla como la de un árbol o una flor. Encontraríamos muchos pasajes en el *Ménexenes*, *los Rivales* o el *Cármides*, de Platón, que cogen al vuelo cualquiera de esas actitudes. Un joven educado de esta manera puede moverse con facilidad y sin afectación; sabe inclinarse, estar en pie, apoyarse en una columna, y en cualquiera de estos movimientos ser tan hermoso como una estatua. De igual manera, un gentil hombre, antes de la Revolución, al saludar, al tomar un polvo de tabaco, al escuchar, tenía la soltura señorial que observamos en los grandes y retratos de la época. Mas lo que se veía en los modales, en los ademanes y en la actitud de un griego no era de un hombre de Corte, sino del hombre de la palestra. Mirad cómo le describe Platón, tal como la gimnasia hereditaria de una raza selecta le había formado:

“Es natural, Cármides, que aventajes a todos los demás, porque ninguno de los que están aquí creo yo que podría nombrar dos casas en Atenas cuya alianza engendrarse algo mejor y más hermoso que aquellas dos familias de que tú procedes. En efecto, vuestra familia paterna, la de Critias, hijo de Drópidas, ya fue alabada por Anacreonte, Solón y otros muchos poetas como eminente en belleza, en virtud y en todos aquellos bienes en que los hombres cifran la felicidad. Y lo mismo la de tu madre. Nadie, según dicen, era más alto y hermoso que tu tío Pirilampo cuando se le envió como embajador al gran rey, o a cualquier otro país del continente; y toda esta segunda casa, la materna, en nada es inferior a la primera. Habiendo nacido de tales padres, es natural que seas el primero en todo lo que te propongas. Y por cuanto está a la vista, por tu apariencia, querido hijo de Glauco, no creo que ninguno de tus antepasados se avergonzase de ti.” “Y en realidad- añade Sócrates- me parecería admirable por la estatura y la belleza... Que nos pareciese así a los hombres no es nada extraño; pero me fijé en que ni los mismos niños, nadie, ni aun los más pequeños,

miraban mas que a él...; y todos le contemplaban como la estatua de un dios.” Y Querefón, alabándole, dijo: «¡Qué hermoso es su rostro! ¿No es verdad, Sócrates? Pues si quisiese desnudarse, el rostro quedaría eclipsado, pues tanta es la belleza de su figura entera!»

En esta breve escena, que nos transporta más lejos aún de la fecha en que fue escrita, hasta los tiempos más hermosos del desnudo, todo es precioso y significativo. Vemos aquí la tradición de la sangre, el efecto de la educación, el gusto popular y generalizado de la belleza, todos los orígenes de la escultura perfecta. Numerosos textos nos confirman la misma opinión. Homero había citado a Aquiles y Nereo como los griegos más hermosos reunidos ante Troya; Herodoto nombra a Calícrates el Espartano como el más hermoso de los griegos armados contra Mardonio. Todas las fiestas de los dioses, todas las grandes ceremonias daban ocasión para concursos de belleza. Los ancianos más hermosos eran elegidos en Atenas para llevar ramas en las Panateneas; los hombres más bellos de Elis eran encargados de llevar las ofrendas a la diosa. En Esparta, en las gimnopedias, los generales, los hombres ilustres que no tenían una noble presencia eran relegados a las últimas filas en las procesiones de los coros. Los lacedemonios, según dice Teofrasto, condenaron a pagar una multa a su rey Arquidamos porque se había desposado con una mujer muy pequeña, alegando que les daría reyezuelos en lugar de reyes. Pausanias vio en Arcadia concursos de belleza en los que rivalizaban las mujeres; tales fiestas databan de hacía nueve siglos. Un persa, pariente de Jerjes y el más alto de su ejército, habiendo muerto en Acanto, hiciéronle sacrificios como a un héroe. Los de Eggesto habían levantado un templo pequeño en la tumba de uno de Crotona que se refugió entre ellos, Filippo, vencedor en los Juegos Olímpicos, el más hermoso de los griegos de su tiempo, y en vida de Herodoto todavía le dedicaban sacrificios. Tal es el ambiente en que se había desenvuelto la educación, y que, a su vez, actuando sobre ella, le proponía por objeto la producción de la belleza. Seguramente era una raza hermosa, pero se había embellecido

sistemáticamente. La voluntad perfeccionó la naturaleza, y la estatuaría iba a terminar lo que la naturaleza, aun cultivada, no logró realizar más que a medias.

Hemos visto cómo durante dos siglos las instituciones que forman el cuerpo humano, la orquestrica y la gimnasia, nacen, se desenvuelven, se propagan alrededor de los puntos de origen, se extienden por todo el mundo griego, proporcionan el instrumento de la guerra, la decoración del culto, la era para la cronología; ofrecen la perfección corporal humana como fin principal de la existencia y llevan hasta el vicio la admiración de la forma bella. Con lentitud, gradualmente y a distancia, el arte, que hace las estatuas de metal, de madera, de marfil o de mármol, acompaña a la educación, que hace la estatua viva. No caminan a la par; aunque contemporáneos, durante dos siglos permanece el arte en situación inferior y es meramente copista. Primero pensaron en la verdad, antes de intentar la representación de ella; los cuerpos reales interesan antes que los cuerpos simulados; se forma el coro antes de esculpirle. Siempre el modelo, moral o físico, precede a la obra que representa; pero la precede muy de cerca, porque se necesita que al realizarse la obra esté aún vivo en todas las mentes. El arte es un eco armonioso y amplificado; adquiere toda su nitidez y plenitud, precisamente en el momento que languidece la vida de la cual es la resonancia. Este es el caso de la estatuaría griega; llega a su mayor edad justamente en el instante en que termina el período lírico; en los cinco años que siguen a la batalla de Salamina, cuando comienza una cultura nueva con la prosa, el drama y las primeras investigaciones de la filosofía. De pronto se advierte el tránsito de la mera copia a la bella creación; Aristocles, los escultores de Egina, Onatas, Kanakos, Pitágoras de Regio, Kalamis, Ageladas, copiaban la forma real con fidelidad absoluta, como Verocchio, Pollaiuolo, Ghirlandajo, Fra Filippo y el mismo Perugino. Pero entre las manos de sus discípulos Mirón, Policeto y Fidias, brota la forma ideal, como entre las manos de Leonardo, Miguel Ángel y Rafael.

III

La estatuaria griega no sólo representa los hombres más bellos, sino también las imágenes de los dioses; y según el sentir de los antiguos, éstas fueron sus obras maestras. Al hondo sentimiento de la perfección corporal y atlética se unía, lo mismo en el público que en el artista, un original sentimiento religioso, una idea del universo, perdida en la actualidad; una manera peculiar de entender, reverenciar y adorar las fuerzas naturales y divinas. Hemos de tener presente este conjunto especial de emociones y creencias cuando queramos penetrar en cierto modo el alma y el genio de Policleto, Agorácrito o Fidias.

Basta leer a Herodoto para comprender cuán viva estaba todavía la fe en la primera mitad del siglo V. No sólo Herodoto es piadoso y tan devoto que no se atreve a pronunciar algunos nombres sagrados, a revelar determinadas leyendas, sino que, además, la nación entera mantiene en el culto la grandiosa austeridad apasionada que expresan en este mismo tiempo los versos de Esquilo y de Píndaro. Los dioses aún viven, están presentes, hablan; los mortales los ven, como sucederá en el siglo XIII con la Virgen y los Santos. Habiendo dado muerte los de Esparta a los heraldos de Jerjes, las entrañas de las víctimas muestran señales desfavorables; es porque el asesinato ha ofendido la memoria de un muerto, Taltibios, el glorioso heraldo de Agamemón, a quien los espartanos consagrar especial culto. Para desenojarle, dos hombres de la ciudad, nobles y ricos, se encaminan al Asia, entregándose a Jerjes. A la llegada de los persas, todas las ciudades consultan el oráculo. Su voz ordena a los atenienses que llamen en su ayuda a su yerno; recuerdan entonces que Boreas raptó a Oritia, hija de Erecteo, su más remoto antepasado, y levantan en su honor un templo cerca del Iliso. En Delfos el dios declara que se defenderá por sí mismo; cae el rayo en medio de las tropas bárbaras; los peñascos que se desprenden

de las montañas les aplastan en su caída, en tanto que del templo de Palas Pronoea se escapan voces y los gritos de guerra, y dos héroes del país, con estatura más que humana, Fílicos y Autoonos, acaban de poner en huída a los persas, presa de espanto. Antes de la batalla de Salamina, los atenienses traen de Egina las estatuas de los Eácidas para luchar a su lado. Durante la batalla, algunos viajeros que pasaban cerca de Eleusis vieron una gran polvareda y oyeron la mística voz de Iacco que venía en ayuda de los griegos. Terminada la batalla ofrecen a los dioses, como primicias, tres naves apresadas, una de las tres consagrada a Ajax; y del botín apartan en primer lugar la plata necesaria para erigir en Delfos una estatua de doce codos de altura.

No terminaría nunca si enumerase las muestras de pública piedad; todavía latía en el pueblo férvidamente cincuenta años más tarde. Diópitás, dice Plutarco, “publicó un decreto que ordenaba denunciar a todos aquellos que no reconociesen la existencia de los dioses y que enseñaban doctrinas nuevas acerca de los fenómenos celestes”. Aspasia, Anaxágoras, Eurípides, sufrieron molestias y persecuciones por esta causa; Alcibíades fue condenado a muerte, y Sócrates murió por el delito presunto o comprobado de impiedad; la indignación popular fue terrible contra los que habían falsificado los misterios tradicionales, mutilando también a los dioses. Cierto es que todos estos pormenores demuestran, al mismo tiempo que la persistencia de la antigua fe, el advenimiento de la libertad de pensar. En torno de Pericles, como en torno de Lorenzo de Médicis, se agrupaba un cenáculo selecto de pensadores y filósofos; también Fidias fue admitido en este grupo escogido, como, pasados los siglos, lo fue también, en un medio análogo, Miguel Ángel, pero en ambas épocas la tradición y la leyenda ocupaban y dirigían como soberanas la imaginación y la conducta de los hombres. Cuando el eco de las discusiones filosóficas hacía vibrar un alma henchida de formas pintorescas era para depurar y engrandecer en ella las figuras divinas. La nueva sabiduría no destruyó la religión, sino que, interpretándola, le llevó a su emoción más profunda, al

sentimiento poético de las fuerzas naturales. Las grandiosas hipótesis de los primeros físicos conservaban para el mando toda su vitalidad, pero haciéndola más augusta. Acaso por haber oído a Anaxágoras hablar del *Nous*, pudo Fidias concebir las estatuas de Júpiter, de Palas, de la celeste Afrodita, llevando, como decían los griegos, a la perfección más acabada la majestad de los dioses.

Para tener el sentimiento de la divinidad es necesario poder discernir, a través de la forma concreta del dios legendario, las poderosas y constantes fuerzas de donde proviene. Si más allá de la representación personal el hombre no entrevé en una especie de resplandor la potencia moral o física, cuyo símbolo es aquella figura, quedará fatalmente encerrado en una idolatría pobre y mezquina. En tiempo de Cimón y de Pericles los hombres entreveían esa grandeza de los dioses. La mitología comparada ha demostrado recientemente que los mitos griegos, emparentados con los sánscritos, no expresaban en su origen otra cosa que la actividad de las fuerzas naturales, y que poco a poco el lenguaje fue convirtiendo en dioses los elementos y los fenómenos físicos, con toda su variedad, su belleza y su fecundidad inagotable. En el fondo del politeísmo late el sentimiento de la naturaleza llena de vida, inmortal y creadora, y este sentimiento subsiste siempre. Todas las cosas se hallaban empapadas de la esencia divina; el hombre habla con la naturaleza que le envuelve; numerosas veces en Esquilo y en Sófocles vemos a los hombres dirigirse a los elementos, como a seres sagrados con los cuales está unido, para dirigir el gran coro de la vida.

Filoctetes, en el momento de partir saluda a las “ninfas que fluyen de las fuentes, la sonora voz del mar que se estrella contra los promontorios.” “Adiós, tierra de Lemnos, ceñida por las olas; envíame sin daño, envíame en una travesía feliz allí donde el poderoso Destino quiera llevarme.” Prometeo, encadenado a la roca, llama en su auxilio a todos los seres grandiosos que llenan el espacio: “¡Oh Éter divino, rápidos Vientos, Manantiales de los ríos, Sonrisa infinita de las ondas

del mar! ¡Oh Tierra, madre de cuanto existe! ¡Orbe del Sol, testigo de cuanto acontece, yo os invoco! ¡Mirad los males que sufre un dios por mano de los dioses!” Los espectadores no tienen mas que dejarse llevar por la emoción lírica para encontrar las primitivas metáforas que, sin que ellos lo sospechen, fueron el germen de su religión.

“El cielo purísimo- dice Afrodita en una obra perdida de Esquilo- goza penetrando en la Tierra; el Amor la toma por esposa; la lluvia que descende del Cielo generador fecunda la Tierra, y entonces nacen de ella los pastos de los animales y el grano de Demeter”. Para, comprender este lenguaje bástanos salir de las artificiales ciudades y los campos cultivados con simetría. El que viaja solo en un país montañoso a orillas del mar y se deja absorber enteramente por los diversos aspectos de la naturaleza intacta, muy pronto con versará con ella. Poco a poco se anima a sus ojos como un rostro expresivo; las montañas, inmóviles y ceñudas, se convierten en calvos gigantes o monstruos agazapados. Las aguas, que brillan y rebotan contra las rocas, parecen criaturas alocadas que ríen y charlan; los altos pinos silenciosos semejan vírgenes severas, y cuando dirige sus miradas al mar en pleno mediodía y lo ve azulado, deslumbrador, engalanado como para una fiesta, con la infinita sonrisa de que hace un momento hablaba, Esquilo, se siente llevado, para expresar la voluptuosa belleza que le envuelve y penetra su ser entero, a pronunciar el nombre de la diosa nacida de las espumas, que al salir de las ondas vino a arrebatarse el corazón de los dioses y los mortales.

Cuando un pueblo siente la vida divina de las cosas naturales, encuentra fácilmente el fondo natural de donde brotan las personas divinas. En los siglos más gloriosos de la estatuaria este último fondo se hace visible todavía bajo las apariencias de la figura humana y concreta que la leyenda le había prestado. Hay algunas divinidades, en especial las de las aguas corrientes, los bosques y las montañas, que siempre han permanecido transparentes. La náyade o la oréade era, sin duda, una joven como la que se ve sentada en una roca en las me-

topas de Olimpia; al menos la imaginación figurativa y escultural la representaba de esa manera; pero al nombrarla sentíase la misteriosa majestad del bosque tranquilo o la frescura de la fuente rumorosa. En Homero, cuyos poemas son la Biblia de los griegos, Ulises náufrago, después de haber nadado por espacio de dos días llega “a la desembocadura, de un río de hermosas aguas y dice al río:- Escúchame, rey, quienquiera que seas, vengo a ti suplicándote ardientemente, huyendo del mar, para librarme de la cólera de Poseidón... Ten Piedad ¡oh, rey!... porque es para mí una gloria poder suplicarte”.- Habló así y el río se calmó deteniendo su corriente y sus olas, y quedó tranquilo ante Ulises, recogiéndole en su desembocadura.

Claro es que el dios en este caso no es un personaje barbudo escondido en una gruta, sino el propio río, que fluye hacia el mar, la gran corriente apacible y acogedora. Y lo mismo sucede cuando habla del río encolerizado contra Aquiles: «El Xanto habló así y se lanzó sobre él, hirviendo de cólera, estruendoso y espumeante de sangre y de cadáveres. Y las ondas brillantes del río, nacido de Zeus, se irguieron aprisionando al hijo de Peleo. Entonces Efestos volvió contra el río sus llamas resplandecientes, y ardieron los olmos, los sauces y los tamarindos; ardían los lotos, los gladiolos y los cipreses que abundaban junto al río de las hermosas aguas; las anguilas y los peces nadaban inquietos o se sumergían en los remolinos perseguidos por el hálito abrasador de Efestos, y la misma fuerza del río fue consumida; entonces exclamó:- ¡Efestos! Ningún dios puede luchar contigo; cesa, pues, te lo ruego.- Hablaba así ardiendo y sus límpidas aguas hervían.»

Seis siglos más tarde, cuando Alejandro se embarcó en el Hidaspes, de pie en la proa hizo libaciones al río, al otro río hermano suyo, y al Indo que recibía a ambos y cuyas aguas le habían de transportar. Para un alma ingenua y sana, un río, sobre todo si es desconocido, es por sí mismo un poder divino. El hombre en su presencia se siente ante un ser eterno, siempre en movimiento, unas veces benéfico, otras destructor, de formas y apariencias innumerables; su inagotable y or-

denado fluir le da la idea de una vida tranquila y varonil, pero majestuosa y sobrehumana. En los siglos de decadencia, en las estatuas como la del Tíber y la del Nilo los escultores antiguos aún recordaban la impresión primitiva y el amplio torso; la actitud reposada, la mirada indecisa de la estatua demuestran que por medio de la forma humana trataba de expresar la expansión magnífica, uniforme e indiferente de las aguas caudalosas.

Otras veces, el nombre del dios hacía entrever su naturaleza. Hestia significa el hogar, y jamás la diosa ha podido separarse completamente de la llama sagrada, que era el centro de la vida doméstica; Demeter representa la tierra madre, y los epítetos rituales la llaman la obscura, la profunda y la subterránea, la nodriza de todos los seres, la verdeante, la que nos trae los frutos. El Sol para Homero es un dios distinto de Apolo, y la persona moral se confunde en este dios con la luz sensible. Numerosas divinidades, *Horai*, las Estaciones; *Dicé*, la Justicia; *Némesis*, la Represión, llevan al alma del adorador su sentido sólo con el propio nombre. No citaré sino uno, *Eros*, el Amor, para mostrar cómo el griego de espíritu ágil y penetrante reunía en el mismo sentimiento la adoración de una persona divina y la adivinación de una fuerza natural. “Amor- dice Sófocles-, invencible en el combate; Amor, que descienes sobre los afortunados y los poderosos, *vives en las mejillas delicadas de la doncella*. Tú salvas el mar y entras en las rústicas chozas, y no hay nadie entre los inmortales ni entre los hombres precederos que pueda librarse de ti.” Un poco más tarde, según las diversas interpretaciones del nombre, en manos de los invitados al *Banquete* varía la naturaleza del dios. Para unos, si amor significa simpatía y concordia, el Amor es el más universal de todos los dioses y, conforme a la idea de Hesíodo, el autor de todo orden y toda armonía en el mundo. Según otros es el más joven de los dioses, porque la vejez excluye el amor; es el más delicado, puesto que camina y reposa en lo más tierno que existe, los corazones, y sólo en aquellos que tienen ternura; es de una esencia líquida y sutil, porque entra y sale en

las almas sin darse cuenta de ello; tiene el color de una flor, puesto que vive entre flores y aromas. Según otros, finalmente, como el amor es un deseo, y por tanto la carencia de algo determinado, es un hijo de la pobreza, flaco, sucio, descalzo, que duerme al raso, pero ávido de belleza y, por tanto, activo, industrioso, perseverante, y filósofo. El mito renace, pues, de sí mismo y ondula, a través de mil formas distintas, en manos de Platón.

Entre las de Aristófanes las nubes se convierten por un momento en divinidades casi semejantes a Eros. Si se observa en la *Teogonía* de Hesíodo la confusión, medio consciente, medio involuntaria, que establece entre las personas divinas y los elementos físicos; si se advierte que cuenta “treinta mil dioses guardianes encima de la tierra fecunda”; si se recuerda que Tales, el primer físico y el primer filósofo, decía que todo procede de la humedad, al mismo tiempo que todo está lleno de dioses, comprenderemos el profundo sentimiento que sustentaba entonces la religión griega, la emoción sublime, la admiración, la veneración con que aquel pueblo adivinaba las fuerzas infinitas de la naturaleza viva bajo las imágenes de sus dioses.

A decir verdad, no todos estaban en el mismo grado relacionados a las cosas, Los había- y eran precisamente los más populares- destacados aisladamente y convertidos en seres con personalidad propia, en virtud del trabajo más intenso de la leyenda. El Olimpo griego puede compararse con un olivo al terminar el estío. Según la altura y situación de las ramas, los frutos están más o menos adelantados; unos, apenas visibles, no son mas que un istilo abultado y pertenecen plenamente al árbol; otros, ya maduros, están aún sujetos al tallo; otros, en fin, maduros por completo, han caído y se necesita alguna atención para reconocer el pedúnculo que los sostuvo. Así, el Olimpo griego, según el grado de transformación que ha humanizado las fuerzas naturales, presenta en diversas alturas divinidades en las que el carácter físico se considera de más importancia que el aspecto personal; otras en que ambos aspectos son iguales; otras, en fin, en el que el dios,

convertido en hombre, sólo queda, unido por algunos hilos, o solamente por uno sutilísimo, al fenómeno elemental de que procede. Y sin embargo queda ligado a él. Zeus, que en la *Ilíada* es un jefe de familia dominante y en *Prometeo* un rey usurpador y tiránico, conserva, a pesar de todo, muchos rasgos de lo que fue primeramente: el cielo lluvioso y fulgurante. Epítetos rituales y antiguas frases indican su naturaleza original. De él «descienden los ríos», “Zeus llueve”. En Creta su nombre significa el día; más tarde Ennio dirá en Roma que es “aquella sublime claridad ardiente que todos invocan bajo el nombre de Júpiter”. Se ve en las obras de Aristófanes que para los aldeanos, los hombres del pueblo, los espíritus sencillos y arcaicos, es siempre «el que riega los campos y hace brotar las cosechas». Cuando un sofista les dice que Zeus no existe, se asombran y le preguntan quién es entonces el que hace retumbar el trueno o el que derrama la lluvia. Ha herido con el rayo a los Titanes, al monstruoso Tifón de las cien cabezas, los negros vapores, que, nacidos de la tierra, se enroscaban como serpientes, invadiendo la bóveda celeste. Habita las cimas de las montañas que llegan al cielo, donde se amontonan las nubes, donde descende el rayo: es Zeus del Olimpo, Zeus del Ithome, Zeus del Himeto. En el fondo, como todos los dioses, es múltiple; unido a los diversos lugares donde el corazón del hombre ha sentido más intensamente su presencia, a las diversas ciudades y aun hasta a las familias, que, habiéndole contemplado en su horizonte, lo hicieron suyo ofreciéndole sacrificios. “Te conjuro- dice Tecmeses- por el Zeus de tu hogar.”

Para representarnos exactamente el sentimiento religioso de un griego, debemos imaginar un valle, unas costas, todo el paisaje primitivo donde el pueblo griego se estableció. No es el cielo en conjunto ni la tierra universal lo que siente como seres divinos, sino su cielo, con su horizonte de onduladas montañas; es la tierra en que vive, son los bosques que la pueblan, las aguas corrientes junto a las que habita. Tiene su Zeus, su Poseidón, su Hera, su Apolo, como tiene las ninfas

de los bosques y de los ríos. En Roma, en una religión que había conservado mejor el espíritu primitivo, Camilo decía: «No hay en esta ciudad un lugar que no se halle impregnado de religión y no esté ocupado por alguna divinidad.»

«No temo a los dioses de vuestro país- dice un personaje de Esquilo- porque nada les debo.» Para hablar con propiedad, el dios es local, puesto que por su origen es la región misma; por esto, a los ojos de un griego su ciudad es sagrada y las divinidades forman un todo con ella. Cuando la saluda a su regreso, no es por una conveniencia poética, como el Tancredo de Voltaire; no experimenta sólo, como un hombre moderno, la alegría de encontrar de nuevo los objetos familiares y regresar a su casa; la playa, las montañas, el recinto amuralla do que guarda su pueblo, la vía de los sepulcros que encierran los huesos y los manes de los héroes que la fundaron, todo cuanto le rodea es para su espíritu como un templo. “Argos y vosotros, dioses indígenas- dice Agamemnon-, sois los primeros a quienes he de saludar, porque habéis sido los auxiliares de mi regreso y de la venganza que he tomado de la ciudad de Príamo.»

Cuanto más de cerca estudiamos su sentimiento más profundo nos parece, más justificable su religión, mejor fundamentado su culto. Sólo más tarde, en las épocas de frivolidad y decadencia, se convirtieron en idólatras. “Si representamos los dioses con figura humana- dicen- es porque no hay otra forma más bella.” Pero sobre la forma expresiva veían flotar, como en un sueño, las fuerzas generales que gobiernan el alma y el universo.

Sigamos una de sus procesiones, la de las grandes panateneas, y tratemos de descubrir los pensamientos y las emociones de un ateniense que unido al solemne cortejo se encaminaba a visitar el santuario. Era a principios del mes de septiembre. Durante tres días la ciudad entera había presenciado los juegos; primero, en el Odeón, toda la pompa de la orquestrica; los recitados de los poemas de Homero, los concursos de canto, de cítara y de flauta; los coros de jóvenes desnu-

dos en la danza pírrica; otros, vestidos, formando un coro cíclico. Luego, en el estadio, todos los ejercicios corporales sin vestiduras: la lucha, el pugilato, el pancracio, el pentalto para hombres y niños; la carrera a pie, sencilla y doble, para hombres desnudos y hombres armados; la carrera a pie y con antorchas; la carrera a caballo, la carrera de carros con dos o cuatro caballos; de carro ordinario o de carro de guerra, con dos hombres, de los cuales uno saltaba al suelo y continuaba corriendo junto al carro hasta que volvía a montar en él de un salto. Según una frase de Píndaro “los dioses eran amigos de los juegos” y no se podía honrarles mejor que con este espectáculo.

Al cuarto día, la comitiva, cuya imagen nos ha conservado el friso del Partenón, se ponía en marcha. Al frente iban los pontífices, ancianos elegidos entre los más hermosos; las vírgenes de familia noble; las representaciones de las ciudades aliadas, con las ofrendas; luego los metecos, con los vasos y objetos de oro y plata cincelados; los atletas a pie, a caballo o en sus carros; una larga fila de sacrificadores, con las víctimas, y, por fin, el pueblo, con trajes de fiesta. La galera sagrada se ponía en movimiento, llevando en un mástil el velo de Palas que las jóvenes recogidas en el Erecteion habían bordado. Saliendo del Cerámico iba hasta el Eleusino, dando un rodeo; costeaba la Acrópolis por el Norte y el Este, y se detenía junto al Areópago. Allí se desprendía el velo de la nave para llevarlo a la diosa, y el cortejo entero subía la inmensa escalinata de mármol de cien pies de largo y setenta de ancho, escalinata que conducía a los propíleos, vestíbulo de la Acrópolis. Como en la antigua Pisa, donde apretados en un espacio reducido se encuentran juntos la Torre inclinada, el Camposanto y el Baptisterio, la abrupta meseta de la Acrópolis, consagrada enteramente a los dioses, desaparecía bajo los monumentos sagrados; templos, capillas, colosos, estatuas; pero desde su altura, de cuatrocientos pies de elevación, se dominaba el país entero. Entre las columnas y los ángulos de los edificios, perfilados sobre el cielo, los atenienses contemplaban la mitad del Ática, un anfiteatro de montañas desnudas, abraçadas por el

estío; el mar resplandeciente, encuadrado por el contraste opaco de las costas; todos los grandes seres eternos, raíces de donde habían brotado los dioses; el Pentélico, con sus altares y la lejana estatua de Palas Atenea; el Himeto y el Anquesmes, donde las efigies colosales de Zeus indicaban todavía el parentesco primordial del cielo tempestuoso y las cimas elevadas.

Llevábase el velo al Erecteion, el templo más augusto, verdadera urna sacra donde se conservaba el palacio caído del cielo, el sepulcro de Cecrops y el olivo sagrado, padre de todos los demás. Allí la leyenda entera, las numerosas ceremonias, los diversos nombres divinos levantaban en el espíritu un vago y grandioso recuerdo de las primeras luchas y los primeros avances de la civilización humana. A la luz crepuscular del mito vislumbraba el hombre la lucha arcaica y fecunda del agua, la tierra y el fuego; la tierra, alzándose de las aguas, pletórica de vida, cubriéndose de plantas hermosas, de semillas y árboles nutritivos; poblándose y humanizándose bajo el impulso de los poderes misteriosos que hacen entrechocar los elementos indómitos, y poco a poco, a través del desorden, establecen la supremacía del espíritu. Cecrops, el fundador, tenía como símbolo un ser que llevaba su mismo nombre, la cigarra, que se suponía nacida de la tierra; insecto ateniense por excelencia, melodioso y flaco habitante, de las colinas secas, y del cual los antiguos atenienses llevaban la imagen en el cabello. A su lado, el primer inventor, Triptolemo, el que molía el grano, que tuvo por padre a Diaulos, el surco doble, y por hija a Gordis, la cebada. Más significativa todavía era la leyenda, de Erecteo, el gran antepasado. En medio de las desnudeces de la imaginación infantil que expresaba ingenua y extrañamente su nacimiento, el nombre, que significa el Suelo fértil, los de sus hijas, que son el Aire claro, el Rocío y el Copioso Rocío, se adivinaba la idea de la tierra seca fecundada por la humedad nocturna. Numerosos detalles del culto completan este mismo sentido. Las jóvenes que han bordado el velo se llaman Cánéforas, portadoras de rocío; por la noche van a buscar los símbolos del

rocío en una caverna cerca del templo de Afrodita. Talo, la estación de las flores; Karpo, la estación de los frutos, honradas muy cerca de aquel lugar, también son los nombres de dioses agrícolas. Todos estas denominaciones expresivas imprimían su profundo sentido en el espíritu del ateniense; advertía en ellos, borrosa y velada, toda la historia de su raza. Convencido de que los manes de los fundadores y antepasados seguían viviendo en torno de la tumba y continuaban colmando de dones a los que honraban su sepultura, ofrecíales pasteles, miel y vino, y al depositar estas ofrendas abarcaba de una sola ojeada el pasado y el porvenir, la prolongada prosperidad de su ciudad nativa, uniendo ambos términos en una sola esperanza.

Al salir del antiguo santuario, donde la primitiva Palas se mostraba bajo el mismo techo que Erecteo, veía casi enfrente el nuevo templo construido por Ictino, donde la diosa reinaba sola y donde cuanto la rodeaba hablaba de su gloria. Y el ateniense apenas vislumbraba, lo que fue esta divinidad en los tiempos primitivos; su origen físico quedaba esfumado ante su persona moral; mas el entusiasmo es una aguda adivinación, y los fragmentos de leyenda, los atributos consagrados, los epítetos de la tradición encaminaban su mirada hacia la lejanía de donde había brotado. Sabían que era hija de Zeus, el cielo fulgurante, y que había nacido sólo del dios; salió de su frente, en medio de los relámpagos y el tumulto de los elementos; Helios se detuvo; la Tierra y el Olimpo se estremecieron; el mar encrespó sus olas; una lluvia de oro de rayos luminosos se había extendido por toda la tierra. Ante aquella súbita blancura virginal los hombres cayeron de hinojos, penetrados por la fresca vivificante que viene tras la tormenta. Compararon a la diosa entonces con una mágica doncella y le dieron el nombre de Palas. Pero en aquel Ática, cuyo éter es más puro y más sutil que el de parte alguna, se convirtió más tarde en Atenea, la Ateniense. Otro de sus sobrenombres más antiguos, Tritogenia, nacida de las aguas, recordaba también que había brotado de las linfas celestes, o sugería el cabrilleo luminoso de las olas. Restos también de su anti-

guo origen eran el color de sus ojos glaucos y la elección del pájaro que le acompañaba, el búho, cuyas pupilas, durante la noche, son clarividentes luminarias. Gradualmente su figura, había ido perfilándose y había crecido su historia. El tempestuoso nacimiento la había mostrado guerrera, armada de todas armas, terrible compañera de Zeus en el combate contra los Titanes rebeldes. Como virgen y pura luz, poco a poco fue representando el pensamiento y la inteligencia, y la llamaban la industriosa, porque había inventado las artes; la caballista, porque había domado los caballos; la saludable, porque sanaba las enfermedades. Todos los beneficios y todas las victorias de la diosa hallábase representados en los muros, y la mirada que iba del frontón del templo al inmenso paisaje abarcaba en un segundo los dos momentos de la religión interpretados el uno por el otro y reunidos en el alma con la sensación sublime de la belleza perfecta.

En el horizonte, hacia el mediodía, se divisaba el mar limitado, Poseidón, que acaricia y conmueve a la tierra, el azulado dios cuyos brazos rodean la costa y las islas; y en una misma ojeada le encuentran de nuevo en el frontón occidental del templo, erguido, encolerizado, alzando su torso musculoso, su potente cuerpo desnudo, con un ademán indignado de dios furioso, mientras que tras él, Anfitrío, Afrodita, casi desnuda en el regazo de Thalassa, Latona con sus hijos, Leucotea, Halírotios, Eurites, hacen sentir, por la ondulante inflexión de sus contornos infantiles o femeninos, la gracia, la inquietud, la libertad, la eterna sonrisa del mar. En el mismo mármol Palas victoriosa doma los caballos que un golpe de tridente de Poseidón ha hecho salir de la tierra; la diosa los conduce hacia las divinidades del suelo: Cecrops, el fundador; Erecto, el primer antepasado, el hombre de la tierra; hacia sus tres hijas, que atemperan con el rocío la sequedad del suelo pobre; hacia Calíroe, la hermosa fuente, e Iliso, el umbroso río. La mirada, al descender, después de haber contemplado sus imágenes, los encontraba en la realidad al pie de la altura de la Acrópolis.

Pero la propia Palas resplandecía en toda la extensión del espacio. No eran necesarias la reflexión y la sabiduría, sino el alma y los ojos del artista para descubrir la afinidad de la diosa con todo lo circundante; para sentir su presencia en el esplendor del aire luminoso, en el brillo de la rauda luz, en la limpidez del aire sutil, causa para los atenienses de la agilidad de su inteligencia y la vivacidad de su fantasía. La diosa era el genio de la raza, el verdadero espíritu de la nación; tan lejos como la mirada podía alcanzar, no se veían más que los dones, los inventos, la obra entera que Palas ofrecía a los atenienses: los cienetos olivares, las policromas laderas rayadas por los surcos, los tres puertos donde humeaban los arsenales y se apretaban los navíos; las murallas largas y resistentes que unían la ciudad con el mar, y la hermosa ciudad, sobre todo, con sus gimnasios, sus teatros, su Pnyx; con los monumentos restaurados y las edificaciones nuevas que cubrían el lomo, y las pendientes de las colinas y que, por su arte, su industria, sus fiestas, sus invenciones, su valor incansable, convertida en la «escuela de Erecia», extendía su dominio por todo el mar y su influjo en la nación entera.

En este momento se abrían las puertas del Partenón y aparecía rodeada de ofrendas, vasos, coronas, armaduras, carcajes, máscaras de plata, la colosal efigie, la protectora, la doncella, la victoriosa. De pie, inmóvil, con la lanza apoyada en el hombro, el escudo al lado, sosteniendo en la mano una victoria de oro y marfil, la égida de oro encima de su pecho, ceñida la cabeza de un áureo casco, con una hermosa túnica de oro de diversos matices, y destacándose sobre el esplendor de las armas y las vestiduras, con la cálida palidez del marfil del rostro, los brazos, las manos y los pies de la diosa. En la media luz de la *cella* centelleaba el brillo de sus claros ojos de piedras preciosas. Ciertamente, al imaginar su expresión serena y sublime, Fidias había concebido un poder que rebasaba todo humano límite; una de las fuerzas universales que guían el curso de lo existente: la inteligencia activa, que para Atenas era el alma de la patria. Acaso había percibido en su

corazón las resonancias de la nueva física, y de la nueva filosofía que, confundiendo todavía el espíritu y la materia, consideraban el pensamiento como «la sustancia más pura y más ligera», especie de éter sutilísimo extendido por todos los ámbitos para producir y mantener el orden del universo. Así llegó a concebir una idea muy superior a las creencias populares: la Palas de Fidias superaba a la de Egina, tan llena ya de grandeza, con la majestad de las cosas eternas.

Por un largo rodeo y con círculos cada vez más ceñidos hemos estudiado el origen de la estatua, y ahora nos encontramos en la plaza desierta, que todavía puede reconocerse, donde se levantó su pedestal y de donde ha desaparecido la forma augusta.

FIN DEL TOMO TERCERO